figuras y episodios de la historia de méxico

Alfonso Trueba

Retablo Franciscano

LOS PADRES BERNARDINO DE SAHAGUN, ANDRES DE OLMOS, DIEGO DE OLARTE, JUAN DE SAN MIGUEL Y FRANCISCO LORENZO

No. 19 — Editorial Campeador — Año II

$ [illegible]

Distribución JUS

ALFONSO TRUEBA

Retablo Franciscano

Los Padres Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Diego de Olarte, Juan de San Miguel y Francisco Lorenzo

Editorial Campeador. México, 1955.

Derechos registrados conforme a la Ley.—México, D. F., 1955.

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus, S. A.
—Plaza de Abasolo No. 14, Col. Guerrero. México 3, D. F.—

LOS AUTORES de esa monumental falsificación histórica titulada México a través de los siglos emplean un solo tomo en referir 300 años de vida mexicana y 3 gruesos volúmenes –2,560 páginas– en contarnos lo que pasó en el lapso 1808-1867, o sea en 59 años.

La idea que se forme acerca de nuestro pasado quien lea tal historia, será una idea disparatada, absolutamente falsa. Así es la que se imprime en la mente de los mexicanos. Todavía nuestros hijos que van a la escuela son enseñados en historia de México según el patrón de los escritores masones del siglo XIX, patrón que ya debemos ir archivando, por viejo y por falso.

Nos parece que conviene referir las cosas como sucedieron, no importa cuáles sean las consecuencias. Por motivos políticos, los escritores del siglo pasado alteraron la verdad. Sabían que un relato fiel de los hechos redundaría en gloria del catolicismo. Por eso pasaron como sobre ascuas a través del tiempo en que se labró México y se detuvieron a narrarnos con todos sus pormenores las discordias que nos empequeñecieron física y espiritualmente.

No hay razón para seguir este método. Es bueno ya revelar verdades ocultas por motivos políticos. Apenas se haga el intento, surgirán figuras maravillosas. Al descubrirlas, al comprobar su auténtica grandeza moral, no se explicará el lector por qué hay calles, plazas y estatuas dedicadas a preservar la memoria de un general que dejó la casaca en el campo de batalla al salir corriendo, y nada hay que recuerde a esas grandes figuras que sembraron de poblaciones la enorme extensión del país, que empujaron sus fronteras, que redimieron a la raza indígena, que, en resumen, hicieron la nación.

De algunas de estas figuras nos ocupamos ahora. Son cinco astros en la galaxia de los apóstoles franciscanos. Fundaron ciudades, extendieron la fe y el idioma, escribieron libros, educaron –y uno de

ellos perdió la vida entre los bárbaros a los que trató de civilizar. Fue éste Fray Francisco Lorenzo, cuyo nombre no mencionan los textos escolares, no obstante que fundó más de 70 pueblos entre los indios bravos de Jalisco y Nayarit, que al fin le mataron.

Tampoco mencionan los libros de las escuelas a Fr. Andrés de Olmos, el extraordinario sabio y ardentísimo apóstol que supo diez lenguas indígenas, que escribió docenas de libros y que fundó en Tamaulipas la civilización occidental. Ni se ocupan de ese otro gran civilizador que fue Fray Juan de San Miguel, Padre de Michoacán.

Con el objeto de divulgar las vidas de estos bienhechores de México ofrecemos esta breve colección de semblanzas que hemos llamado Retablo franciscano *porque la palabra retablo, según el diccionario, quiere decir, entre otras cosas, "retrato en tabla, o conjunto y agregado de figuras pintadas o de bulto", y pretendimos copiar aquí los rasgos de 5 civilizadores franciscanos.*

En algunas partes del relato reproducimos casi literalmente el texto de las viejas crónicas, para que el lector goce su sabor arcaico y se deleite con la sencillez y el candor del cronista.

Fray Bernardino de Sahagún

HAY en la provincia de León, España, una viejísima villa de nombre Sahagún. Su origen fue un santuario consagrado a los santos Facundo y Primitivo, mártires de los primeros siglos de la Era Cristiana. Se denominó al santuario de *Donnos sanctos*, pero, con el tiempo, prevaleció el nombre del primero de los mártires citados que, pasando por las formas de *Santo Facundo*, *Sant Fagundo* y *Sanfagund*, vino a dar en la de *Sahagún*.

La villa fue en la Edad Media centro de la reforma religiosa representada por la Abadía de Cluny, y su célebre monasterio benedictino el lugar en que se inició el florecimiento del estilo románico en arquitectura, del que son modelo las hermosas iglesias que datan de los siglos XII y XIII, y el convento franciscano, tan antiguo como las iglesias.

En esa villa, densa de historia, envuelta en grave atmósfera religiosa, nació de padres honrados Bernardino de Ribeira –apellido que revela origen gallego o portugués– hacia el año de 1500, o sea 8 años después de que el nuevo mundo fue descubierto, y cuando España, unida por los Reyes Católicos, se disponía a emprender su magna tarea civilizadora.

No lejos de la villa de Sahagún, en la misma provincia de León, se hallan las de Benavente y Valencia de San Juan, donde nacen, alrededor de los mismos años, dos hombres destinados, como Bernardino de Ribeira, a ejercer una profunda influencia en la cultura mexicana. Sus nombres: Toribio Motolinía y Martín de Valencia.

Los tres leoneses vendrían a juntarse aquí para trabajar en la misma obra, si bien con instrumentos diversos. Morarían en los

mismos conventos, sufrirían los mismos trabajos y, finalmente, sus huesos reposarían en la tierra que sus afanes apostólicos habían redimido.

La niñez de Bernardino de Ribeira transcurre en el ambiente monástico de su villa natal, hasta donde llegaría el rumor de la gran marejada histórica que por aquellos días conmueve al mundo. La noticia de tierras nuevas, del hallazgo de gentes extrañas y de empresas magníficas, debió impresionar el espíritu ya despierto del pequeño Ribeira, quien se preguntaría qué papel le tenía reservado la Providencia en el juego de los acontecimientos por venir. Imaginamos en aquellos sus grandes ojos oscuros e indagadores un reflejo del profundo deseo de saber qué hombres, qué cosas, qué civilizaciones existían al otro lado del océano, en el mundo recién revelado.

Manifestada desde temprano en el chico su curiosidad científica, su vocación para el estudio, sus padres lo enviaron a la Universidad de Salamanca, donde a la sazón eminentes maestros deliberaban acerca de las cuestiones que el descubrimiento de Indias había suscitado. El joven Ribeira encontraría ahí mismo, en los claustros de la Universidad, el camino de su vida. Renunciando a las letras humanas, apartóse del mundo y tomó el hábito de San Francisco, en el convento de la misma ciudad de Salamanca. "*Era aún muy joven* – nos dice uno de sus biógrafos – *y tan bien parecido, que los religiosos ancianos procuraban tenerlo oculto para evitar ocasiones en que pudiera peligrar la virtud del apuesto mancebo*"[1]

lgnoramos cuándo profesó y cuáles fueron sus ocupaciones antes de 1529. De las crónicas deducimos que observó rigurosamente la regla de su orden y que desde el principio de su vida religiosa empezó a cultivar las virtudes que Mendieta le reconoce al decir: "*Fue Fr. Bernardino religioso muy macizo cristiano, celosísimo de la fe deseando y procurando con todas sus fuerzas que ésta se imprimiese muy deveras en los nuevos convertidos. Amó mucho el recogimiento,*

[1] GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, p. 327. Méx., 1954.

Fray Bernardino de Sahagún (Museo Nacional de México).

y continuaba en gran manera las cosas de la religión; tanto, que, con toda su vejez, nunca se halló que faltase de maitines y de las demás horas. Era manso, humilde, pobre, y en su conversación avisado, y afable a todos"[2].

Fue al tomar el hábito de San Francisco cuando Fr. Bernardino, siguiendo la costumbre generalizada en su Orden, empezó a usar exclusivamente el nombre de su villa natal. Vino, pues, a llamarse Fr. Bernardino de Sahagún.

Es probable que Fr. Bernardino ya estuviese en el convento de Salamanca cuando se organizó y partió a México la primera misión franciscana, la de *los Doce*, y también que ya desde entonces abrigase la idea de pasar a las Indias, porque en la primera oportunidad que se le ofreció, según veremos, deja su patria y viene a México, voluntariamente, ya que por el voto de obediencia no tenían los franciscanos obligación de pasar a estas nuevas regiones.

LA MIES Y LOS OPERARIOS

Las *gentes indianas* eran infinitas; los hombres ocupados en su redención, muy pocos. España, madre fecunda, tendría que proveer de operarios que recogieran la mies abundante.

El año de 1526, uno de *los Doce*, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, volvió a España para negociar, en representación de todos los religiosos de esta tierra, que los indios fuesen relevados de tantos trabajos y vejaciones como padecían, y en especial que se diese libertad a los que injustamente se había hecho esclavos. Al mismo tiempo que ejerció esta comisión, el P. Ciudad Rodrigo anduvo por los conventos de su orden reclutando voluntarios que viniesen a trabajar en la conversión de los naturales de la Nueva España.

En 10 de agosto de 1527, obtuvo Fr. Antonio cédula real fechada en Valladolid en que se mandaba a los oficiales reales de estos reinos que pagasen los fletes y pasajes de Fr. Antonio y de "*hasta cuarenta frailes*" que llevaba. Seguramente fue idea del P. Ciudad Rodrigo

[2] MENDIETA, FR. JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica Indiana*, lib. V, cap. 41.

completar este número, pero sólo reunió la mitad. Veinte frailes, pues, formaron la barcada franciscana, todos ellos, dice Mendieta, escogidos varones que vinieron con espíritu de verdaderos apóstoles.

En la galaxia de los civilizadores franciscanos de México, brillan tan intensamente como los venidos en primer lugar éstos de la nueva expedición cristianizadora, como Fr. Juan de San Francisco, iluminado y taumaturgo, Fr. Alonso Rengel, primer apóstol de los otomíes, y Fr. Bernardino de Sahagún, eminente en la ciencia, campeón de la fe.

Llegaron a México estos misioneros en 1529, o sea 5 años después de la venida de la primera misión. El P. Sahagún se hallaba en los 30 de su edad. Comienza entonces su grande obra apostólica y científica que se prolongaría a través de un período de 60 años.

PRIMEROS TRABAJOS

La primera ocupación de Fr. Bernardino, luego de venido a esta tierra, fue la de aprender la lengua mexicana. Supone un biógrafo que no la ignoraba completamente, pues por el cronista Herrera sabemos que cuando el Emperador dispuso que volviesen a su patria los indios que había llevado Cortés, encargó a Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo que fuesen bien tratados en el camino, y como eran de sangre real o personas muy principales, vendrían en clase de pasajeros, y durante la larga navegación se comunicarían de continuo con los frailes. Conocido el carácter indagador de Fr. Bernardino, que venía a evangelizar a un país donde se hablaba lengua mexicana, es de creer que durante el viaje empezó a aprender de los indios los primeros vocablos y a informarse de la religión y costumbres de los naturales de Nueva España[3].

Una vez aquí, continuaría el estudio de la lengua con alguno de los que ya la sabían, tal vez con Fuensalida o con Fr. Juan de Ribas. En poco tiempo llegó a conocerla tan perfectamente que, según testimonio de los contemporáneos, sólo podía igualársele Fr. Alonso

[3] ICAZBALCETA, *Bibliografía*, p. 328.

de Molina, criado desde niño entre los indios. Ambos aprovecharon bien lo que aprendieron. Fr. Alonso sirvió de intérprete a los religiosos, predicó y compuso obras en mexicano para la instrucción de los indios y de sus ministros. Fr. Bernardino hizo arte y vocabulario, dejó sermones y escribió de doctrina. Aunque trabajaban en el mismo terreno, nunca hubo entre ellos celos ni rivalidades, "porque la caridad no lo consentía". Moraron juntos en Tlatelolco, y compartieron en paz el respeto de su provincia[4].

APOSTOL ALPINISTA

El P. Sahagún vivió en el convento de Tlalmanalco, ese apacible sitio próximo a los volcanes que señorean el valle de México, y donde pasó sus últimos años Fr. Martín de Valencia. De un arrobamiento de este fraile viejo y santo fue testigo el joven Padre Sahagún, como lo hemos referido en otro lugar[5].

Fr. Bernardino refiere que estuvo en las cimas de los volcanes. "*Hay un cerro muy alto* –dice en su *Historia General– que humea, que está cerca de la provincia de Chalco, que se llama Popocatépetl, que quiere decir 'monte que humea'; es monstruoso y digno de ver, y yo estuve encima de él. Hay otra sierra junto a ésta, que es la sierra nevada, y llámase Iztactepetl, que quiere decir sierra blanca: es monstruoso de ver lo alto de ella, donde solía haber mucha idolatría; yo la vi y estuve sobre ella*"[6].

Es probable que estas ascensiones, que superaron las de los conquistadores Ordaz, Montaño y Mesa, las haya hecho el P. Sahagún cuando vivía en Tlalmanalco, y que lo llevaran a explorar los fastigios cubiertos de nieve de los imponentes volcanes dos motivos, a saber: su afán investigador y su celo en desterrar idolatrías. Es sabido que los indios idolatraban y sacrificaban de preferencia en los montes y lugares señalados, que tenían por diosa a la *Mujer*

---

[4] Ib.

[5] Véase *Doce Antorchas*, en el No. 17 de esta colección.

[6] SAHAGÚN, FR. BERNARDINO DE, *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. III, p. 317. Méx., 1938.

Blanca y rendían culto a su imagen no sólo en los templos, sino también en una cueva de la misma sierra. Enterado de esto Fr. Bernardino, decidiría ir en busca de la cueva para cerciorarse del culto idolátrico y evitarlo.

Varias excursiones debió haber hecho nuestro fraile por la región de los volcanes para observar sus características. Hablando de un río que se formaba de las nieves del Popocatépetl, dice que se soterraba y volvía a salir entre Huejotzingo y Acapetlaoacan, y añade: "*Yo vi el origen y el lugar donde se sume y el lugar donde torna a salir*".

Fue testigo de una erupción del Pico de Orizaba, que describe así: "*Ha pocos años que comenzó a arder la cumbre de él; y yo le vi muchos años que tenía la cumbre cubierta de nieve, y después vi cuando comenzó a arder, y las llamas aparecían de noche y de día, de más de veinte leguas*"[7]. Esta erupción fue el año de 1545.

MAESTRO EN EL COLEGIO DE SANTA CRUZ

Después de residir en Tlalmanalco por espacio de unos 3 años, vuelve el P. Sahagún a Tlatelolco, y en 1536 asiste a la ceremonia de fundación del colegio de Santa Cruz, donde se hizo cargo de la cátedra de latín. Hombre humilde, tranquilo y estudioso, hallaría el P. Sahagún en el trabajo docente uno de los mejores medios de cumplir su misión. "*No era él* –dice su biógrafo Icazbalceta– *para las grandes empresas apostólicas en que se distinguieron muchos de sus hermanos. Sin dejar de observar con toda puntualidad la regla, ni de cumplir con sus deberes de misionero, trabajaba también de otro modo más oculto, y no con menor provecho, en la viña del Señor*"[8].

Sus inclinaciones lo llevaban a vivir retirado en el estudio, y habría preferido emplear todo su tiempo en la enseñanza de los jóvenes indios; pero los superiores dispondrían otra cosa, y dejó la cátedra en 1540.

---

[7] Ib., t. III, p. 318.
[8] ICAZBALCETA, *Bibliografía*, p. 329.

En los 4 o 5 años siguientes recorrió el P. Sahagún el valle de Puebla y otros lugares, y vuelve a Tlatelolco en 1545, año célebre en la historia de la Nueva España por la terrible peste que cundió con tanta celeridad entre los naturales que, según Torquemada, murieron de ellos sobre 800,000. Esta calamidad se anunció con raros fenómenos, "*en el aire, en el agua y en la tierra*".

El P. Sahagún refiere el hecho diciendo:

"*El año de 1545 hubo una pestilencia grandísima y universal, donde en toda esta Nueva España murió la mayor parte de la gente que en ella había. Yo me hallé en el tiempo de esta pestilencia en esta ciudad de México, en esta parte de Tlatelolco, y enterré más de diez mil cuerpos y al cabo de la pestilencia dióme a mí la enfermedad, y estuve muy al cabo*"[9].

Así pues, Fr. Bernardino se olvidó de sus tareas científicas para ocuparse en el prójimo porque sabía, como dijo el Apóstol, que "*si yo hablara todas las lenguas del hombre y de los ángeles mismos, y no tuviese caridad, sería como bronce que suena, o campana que retañe*". Andaría el P. Sahagún, como anduvieron Zumárraga y todos los religiosos, procurando el alivio de los de día apestados, y de noche, sin descanso.

El modo de enterrar a los muertos, que era abrir grandes fosas en los cementerios de las iglesias, donde echaban 80 ó 100 cadáveres juntos, explica que habiendo enterrado tantos el P. Sahagún, contrajese el mal, hacia el fin de la epidemia, en 1546. Poco faltó para que su obra de misericordia le costara la vida, pues, como él mismo dice, se vio *muy al cabo*, esto es, a orillas de la muerte; "*mas quiso la Providencia conservarle todavía muchos años, para bien de sus contemporáneos y de las generaciones futuras*".

[9] SAHAGÚN, *Historia*, t. III, p. 328.

GUARDIAN Y VISITADOR

Dice el cronista Mendieta que el P. Sahagún fue en su juventud guardián de los principales conventos, pero que después, por espacio de 40 años, se excusó de ese cargo. Conjeturan sus biógrafos que una de las guardianías fue la de Xochimilco, que era "convento principal", y fundan su conjetura en este pasaje de la *Historia General*:

"*Hay otra agua o fuente muy clara y muy linda en Xochimilco, que ahora se llama Santa Cruz, en la cual estaba un ídolo de piedra debajo del agua, donde ofrecían copal: yo vi el ídolo y entré debajo del agua para sacarle, y puse allí una cruz de piedra que hasta ahora existe en la misma fuente*"[10].

Otro motivo para creer que moró en Xochimilco es que, a petición de los vecinos, tradujo a lengua mexicana la Vida de San Bernardino, titular de la iglesia.

Ejerció el cargo de definidor, hacia 1552, y fue años más tarde por visitador a la custodia de Michoacán, donde estuvo poco tiempo.

Para estas fechas, Fr. Bernardino tenía residiendo en México más de 20 años, empleados –como el resto de su vida, y según lo acreditan sus contemporáneos– en el "*ejercicio de la lengua mexicana, desarraigar idolatrías, predicar, confesar, doctrinar a los indios y escribir para su aprovechamiento*".

A través de estos primeros 20 años, México "*ha penetrado hasta la miga del ser*" del misionero, como dice uno de sus biógrafos. Por los caminos de la caridad ha llegado a lo más profundo del alma indígena. Conoce ya todos los secretos de su idioma y sabe mucho de las costumbres, usos y ritos religiosos de los pueblos nativos. Pero quiere llegar más hondo en el conocimiento de la raza, con un solo fin: depositar en la raíz del corazón del pueblo la fe que predica, de modo que perdure a través de todos los siglos. Así como ha subido a los volcanes y explorado sus cuevas, y se ha metido bajo el agua para descubrir ídolos, quiere sondear el abismo del alma de los indios, y

[10] Ib., t. III, p. 321.

decide entrar en el más oscuro y remoto pasado de la nación mexicana para limpiar hasta el último vestigio de la antigua idolatría y plantar la nueva fe.

LA GRAN EMPRESA

Hay razones para pensar que desde 1547, cuando menos, andaba Fr. Bernardino ocupado en trabajos, más que históricos, etnográficos y lingüísticos. Que firmemente pretendió saber todos los secretos de la raza con el fin principalísimo –dicho con palabras claras– de sacarle al diablo del alma, es algo que puede comprobarse con varias declaraciones del propio misionero.

En el prólogo de su libro *Arte Adivinatoria* refiere el P. Sahagún que cuando él y sus compañeros vinieron a esta tierra se les dijo que la gente había recibido la fe tan de veras, que no había necesidad de predicar contra la idolatría, porque la tenían dejada de corazón. Agrega que tuvieron esa información por verdadera, y que dejaron las armas que traían *muy afiladas* contra la idolatría y comenzaron a predicar cosas morales. Poco tiempo después cayeron en la cuenta de que los indios no habían detestado a sus dioses ni renunciado a su culto, y que habían recibido el bautismo, "*No como perfectos creyentes, sino como fictos que recibían aquella fe sin dejar la falsa que tenían de muchos dioses*"[11].

Observó el sagaz misionero que los indígenas, por consejo de sus principales y sátrapas, habían recibido a Cristo entre sus dioses como uno de ellos, y cuenta que al preguntársele a un indio si creía en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y si renegaba de todos los otros dioses que había adorado, contestaba invariablemente *quemachca*, que sí, pero falsa y mentirosamente.

Entonces vino a convencerse de que la nueva Iglesia no estaba bien fundada, de que la fe nueva andaba revuelta con la antigua, de que en el fondo los indios continuaban idólatras. Para enderezar este mal camino que llevaba la cristiandad indiana, propuso que se hiciese

[11] SAHAGÚN, prólogo al *Arte Adivinatorio*, en *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, p. 382.

una diligente investigación sobre las cosas idolátricas que públicamente se hacían en los pueblos y aldeas de la Nueva España; que los predicadores tocasen en sus sermones los puntos en que hallasen que la fe de los indios estaba "*maculada y enferma*" y. por último, que todos los confesores supieran los ritos idolátricos que antiguamente practicaron los indios, así como de sus sacramentos, supersticiones y pecados carnales, "*para que si el penitente tocare un vocablo o dos en que se pueda conocer y tomar asilla para preguntar alguna cosa que en aquel vocablo o vocablos se toca, lo sepan entender y proseguir y sacar* (*como dicen con garabato o* manu obstetricante)"[12].

Fr. Bernardino proponía, en resumen, que los evangelizadores fuesen como parteros para extraer con fórceps –o *garabatos*, como él decía– el culto idolátrico tan inveterado en el alma de los nativos. Fue el mismo Sahagún el primero en aplicar con verdadera maestría este método obstétrico.

La oportunidad de ponerse a la obra llegó cuando Fr. Francisco de Toral, nombrado provincial en 1557, mandó al P. Sahagún, por santa obediencia, que escribiese en lengua mexicana lo que le pareciese "*util para la doctrina, cultura y manutencia de la cristiandad destos naturales de la Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinasen*".

En cumplimiento de este precepto comenzó Fr. Bernardino de Sahagún su obra monumental: la *Historia General de las cosas de Nueva España*.

FUNDADOR DE LA ETNOGRAFIA

El P. Sahagún emprendió por primera vez en la historia del mundo –dice Jiménez Moreno–, *la más completa investigación etnográfica de pueblo alguno, mucho antes de que el mismo Lafitau* (*generalmente considerado como el primer gran etnógrafo*)

[12] Ib., 384.

escribiera su notabilísima obra sobre las costumbres de los iroqueses, que tanto admiran los sabios[13].

Hay quien opine que el padre jesuíta Dobrizhoffer, famoso misionero del Paraguay, que reunió sus observaciones etnográficas y etnológicas en su obra *De abiponibus*, y Lafitau deben ser considerados "como los pioneros o fundadores de la ciencia etnográfica comparada". Pero en realidad, como reconoce Vicente Sierra, a quien corresponde este título es a fray Bernardino de Sahagún. por su *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Admitamos, pues, que fray Bernardino de Sahagún fue el fundador de una ciencia: la que tiene por objeto el estudio y descripción de las razas o pueblos, ya que fue el primero que realizó en la historia de la cultura una completa investigación acerca de una raza –la mexicana–. Sin los trabajos del P. Sahagún poco o casi nada sabríamos respecto a nuestros antepasados precortesianos.

Fray Bernardino emprendió este trabajo, no por el simple deseo de saber, ni con un propósito utilitario o de provecho material, sino con el fin más alto y noble que una investigación científica puede tener: la conversión de un pueblo a la fe, esto es, la obtención del más alto valor espiritual.

Expresamente declaró el P. Sahagún esta finalidad en el prólogo de su *Historia*, donde dice:

El médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo (sin) *que primero conozca de qué humor, o de qué causa procede la enfermedad; de manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medicinas y en el de las enfermedades, para aplicar conveniblemente a cada enfermedad la medicina contraria, y porque los predicadores y confesores médicos son de las ánimas, para curar las enfermedades espirituales conviene que tengan experiencia de las medicinas y de las enfermedades espirituales: el predicador de los vicios de la república, para enderezar contra ellos su doctrina; y el confesor, para saber preguntar lo que conviene y entender lo que dijesen tocante a su*

[13] JIMÉNEZ MORENO, W1GBERTO, *Fr. Bernardino de Sahagún y su obra*. Méx., 1938.

oficio, conviene mucho que sepan lo necesario para ejercitar sus oficios; ni conviene se descuiden los ministros de esta conversión, con decir que entre esta gente no hay más pecados que borrachera, hurto y carnalidad, porque otros muchos pecados hay entre ellos más graves y que tienen gran necesidad de remedio: los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones y ceremonias idolátricas, no son aun perdidas del todo[14].

Luego declara:

Porque los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron, en la cultura de esta nueva viña del Señor no tengan ocasión de quejarse de los primeros, yo, fray Bernardino de Sahagún, fraile profeso de la Orden de Nuestro Seráfico Padre S. Francisco, de la observancia natural de la Villa de Sahagún, en Campos, por mandato del muy Reverendo Padre fray Francisco Toral, provincial de esta provincia del Santo Evangelio, y después obispo de Campeche y Yucatán, escribí doce libros de las cosas divinas, o por mejor decir idolátricas, y humanas y naturales de esta Nueva España[15].

Explica en seguida que la obra es "*como una red barredera para sacar a la luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar, y las más de sus antiguallas buenas y malas*". Dice, además, que redimirá mil canas, porque con harto menos trabajo de lo que a él le ha costado, podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de las antigüedades y el lenguaje de la gente mexicana.

Este empeño, personificado en el P. Sahagún, de llegar a lo más recóndito del alma indígena para sembrar allí la fe, demuestra la ligereza de la opinión expresada por Justo Sierra, y por otros historiadores compartida, en el sentido de que "*el cristianismo predicado a los indios fue de bulto*", y acerca de que "*los indios hicieron entrar en la urna santa del cristianismo todas las supersticiones que ya tenían y que recibieron en este injerto, sacrílego e*

[14] SAHAGÚN, prólogo a la *Historia General*.
[15] Ib.

inevitable", todo ello "*bajo el ojo paterno de los frailes*"[16]. La verdad es que buen cuidado tuvieron los evangelizadores de evitar este "injerto sacrílego", y que lo evitaron, merced a trabajos tan arduos como los del P. Sahagún.

"*El sentido de toda esta labor* –dice, refiriéndose a la de Sahagún, Molina, Mendieta, Focher, etc., el escritor Vicente D. Sierra– *demuestra cómo era profundo el deseo de todos y cada uno de que la evangelización fuera efectiva y no simulada; de que las tareas misionales se tradujeran en verdaderos conversos, sin dudas, sin vacilaciones; conversos por el camino de la verdad y del saber, que es la única conversión grata a Dios*"[17].

Quien todavía sostenga lo contrario revela una ignorancia tan grande como la de algunos escritores liberales del siglo pasado.

EL METODO DE LA INVESTIGACION

Dice el historiador Wigberto Jiménez Moreno en su excelente estudio sobre Fr. Bernardino de Sahagún y su obra, que "*el más exigente método que un etnógrafo, o un lingüista modernos pudieran usar, fue usado antes por el benemérito franciscano; su obra contrasta con la mayoría de los de su siglo, tan desprovistas, casi siempre, de verdadero espíritu científico. Nada mejor haría un moderno lingüista para investigar a fondo un idioma, conocer su vocabulario y penetrar sus secretos, que tratar de obtener el mayor número de textos en que todos los posibles tópicos fueran tocados, ni hallaría mejor medio para conocer el verdadero sentido de las palabras que provocar una repetición de los mismos conceptos, pero con diferentes vocablos, tal como lo ideó y realizó Sahagún. Al más concienzudo etnógrafo nada le convendría más que formular un cuestionario previo de todos los asuntos referentes a la cultura material y espiritual del pueblo que estudia, y esto mismo hizo*

[16] SIERRA, JUSTO, *Evolución política del pueblo mexicano*, lib. II, cap. I.
[17] SIERRA, V1CENTE, *El sentido misional de la conquista de América*.

Sahagún al redactar su minuta antes de emprender el pormenorizado estudio de las costumbres e instituciones de los antiguos aztecas"[18].

En efecto, lo primero que hizo Fr. Bernardino al aplicarse a la obra fue trazar el plan general de ella en unos apuntes o memoriales en que consignó las materias que se habrían de tratar, "*que fue lo que está escrito en los doce libros, y la postilla y los cánticos*". Hecho su plan, se mudó al pueblo de Tepepulco, lugar bien escogido porque, "*según los documentos antiguos los señores de Teotihuacán y de Tepepulco estaban casados con las hijas que había dejado Ixtlilxóchitl II, último rey de Texcoco, y en aquellas poblaciones podía recogerse con más facilidad de boca de los últimos servidores de aquel monarca la versión acolhua de nuestras antigüedades*"[19].

Instalado el P. Sahagún en Tepepulco, reunió a los principales del pueblo, les expuso lo que deseaba saber, y les pidió que le trajesen personas hábiles y experimentadas que pudieran informarle sobre las materias que investigaba.

Los caciques, luego de algún tiempo, le llevaron 10 o 12 ancianos principales que podrían darle razón de lo que preguntaba. A ellos se agregaron 4 estudiantes latinos, de los mismos que el mismo padre había enseñado antes en Tlatelolco. Durante 2 años (1558-60) estuvo el P. Sahagún pacientemente interrogando a aquellos 12 testigos viejos de las tradiciones indígenas. Los ancianos dieron las respuestas por pinturas, según lo acostumbraban, y los gramáticos las declararon, escribiendo la declaración al pie. Este fue el primer manuscrito de la *Historia*.

En 1560 vino Sahagún a México al capítulo en que salió electo provincial Fr. Francisco de Bustamante, y ya no volvió a Tepepulco porque fue destinado a Santiago Tlatelolco, donde continuó su obra. Hizo reunir 8 o 10 principales escogidos, "*muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas*". Con ellos, y con un grupo de colegiales trilingües –latín, español y náhuatl– se encerró en el colegio, y por espacio de más de un año se examinó, corrigió y adicionó lo escrito en Tepepulco, sacándose copia de todo, aunque de

[18] JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO, *op. cit*.
[19] ICAZBALCETA, *Bibliografía*, p. 345.

mala letra, por haberse hecho dc prisa. Este fue el segundo manuscrito de la *Historia*, o sea la versión tlatelolca. En este trabajo tuvo gran parte Martín Jacobita, rector del colegio.

LOS TRES CEDAZOS

Una vez que Fr. Bernardino ha recogido el material de su *Historia* se traslada al convento de México, y allí, en el silencio de su celda, a solas y por espacio de 3 años, revisa sus escrituras, las enmienda, las divide en 12 libros, cada libro en capítulos, y algunos de éstos en párrafos.

"*Después de esto* –dice el autor–, *siendo provincial Fr. Miguel Navarro, y guardián de México Fr. Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco en buena letra los doce libros*".

Todavía los amanuenses mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas al tiempo de sacarse la copia. Este fue el tercer manuscrito o texto, según lo declara el autor con estas palabras:

"*El primer cedazo por donde mis obras se pasaron fueron los de Tepepulco, el segundo los de Tlatelolco, el tercero los de México, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales*". Entre los principales colaboradores indígenas de Fr. Bernardino se menciona al sabio Antonio Valeriano, vecino de Azcapotzalco y Alonso Vexerano, de Cuauhtitlán. Los escribientes, indígenas también, fueron Diego de Grado, Bonifacio Maximiliano y Mateo Severino, que sacaron de buena letra todas las obras, y en pagarles se gastaron *hartos tomines*.

Adviértase el rigor crítico que el P. Sahagún empleó en su obra. La cierne y discierne –es decir, la critica– a través de 3 cedazos, durante unos 12 años de paciencia, acucioso trabajo.

Concluída la obra (1569) pidió el autor al comisario Fr. Francisco de Rivera que 3 religiosos la examinasen y dictaminaran sobre ella en el siguiente capítulo que se celebrara. Nombráronse los censores (uno de ellos, probablemente, fue el cronista Fr. Jerónimo de Mendieta), que opinaron la obra era de mucho valor y que debía ser favorecida para que se acabase. Como el texto mexicano estaba

completo, debemos entender que lo que aconsejaban que se acabase era la versión castellana, que ya se había empezado.

A pesar de la opinión favorable de los peritos, no faltó en el definitorio quien dijera que era contra el voto de pobreza gastar dinero en amanuenses, sobre el ya gastado, y adoptado este parecer, se mandó al autor que despidiera a los *escribanos*, con libertad de escribir por sí mismo cuanto quisiera. El resultado fue la suspensión del trabajo por más de 5 años porque el Padre Sahagún, que pasaba ya de los 70 años, tenía las manos temblorosas y no podía escribir.

Aprobada su obra, Fr. Bernardino hizo un sumario de los libros y capítulos, escribió los prólogos, y lo envió a España con los padres Fr. Miguel Navarro y Fr. Jerónimo de Mendieta. "*Yo tuve en mi poder* –dice éste– *once libros de marca de pliego, en que se contenían en curiosísima lengua mexicana declarada en romance, todas las materias de las cosas antiguas que los indios usaban en su infidelidad, así de sus dioses y idolatrías, ritos y ceremonias de ella, como de su gobierno, policía, leyes y costumbres de mayores, de todo género de conversación y trato humano que ellos tenían antes que los españoles viniesen*"[20].

Poco después el provincial Fr. Alonso de Escalona dispuso de los libros y los *esparció por toda la provincia*, con lo cual fueron vistos y aprobados por muchos religiosos, y aun anduvieron en poder de seglares. Vuelto el P. Navarro de España, con el título de comisario, mandó recoger los libros dispersos, y recogidos, volvieron a poder de su autor, pero no se hizo más porque faltaron los medios para traducirlos al castellano, hasta que en 1575 el nuevo comisario Fr. Rodrigo de Sequera –a quien el autor dedicó la obra– vio los manuscritos y tanto le interesaron que mandó al autor que terminara la traducción y dispuso que la obra se escribiese de nuevo en 2 columnas, una en mexicano y otra en español. Este fue el primer manuscrito bilingüe.

Más tarde, el Consejo de Indias mandó que se recogieran los libros de Sahagún y que se enviaran a España. El autor entregó al virrey,

[20] MENDIETA, FR. JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica*, lib. V, cap. 41.

según parece, cl texto náhuatl, con el que iba una incompleta versión española. Luego se ordenó que fueran entregados todos los originales y copias que existieran de la obra.

"POCA DICHA TUVO
ESTE BENDITO PADRE..."

Dice el P. Mendieta, a propósito del envío a España de los manuscritos de Fr. Bernardino, que "*sacólos de su poder por maña uno de los virreyes para enviar a uno de los cronistas que le pedía con mucha insistencia escrituras de cosas de indios, y tanto le aprovecharán para su propósito, como las coplas de Gaiferos*"[21], y en otro lugar de su historia dice el mismo autor que "*tuvo tan poca dicha este bendito padre* (Sahagún) *en el trabajo de sus escritos, que estos once libros que digo, se los sacó con cautela un gobernador de esta tierra y los envió a España a un cronista que pedía papeles de Indias, los cuales allá servirán de papeles para especias*"[22].

Tan desdichado fue el Padre Sahagún que su grande obra "*durmió tranquila dos siglos*", o sea hasta los años de 1780, en que el historiógrafo Juan Bautista Muñoz dio con una copia de la misma que había en el convento franciscano de Tolosa, del que se extrajo para quedar en poder de la Real Academia de Historia. A pesar de esto, el mundo literario y científico desconocía la obra sahaguntina, hasta que se editó en Londres por Lord Kingsborough en la colección *Antiquities of Mexico* (1830-1848) y por don Carlos María de Bustamante, en México, hacia 1830, o sea 2 siglos y medio después de que fuera escrita. Ireneo Paz la reimprimió en 1890 y la Editorial Robredo en 1938.

[21] Ib., lib. IV, cap. 44.
[22] Ib., lib. V, cap. 41.

CONTENIDO DE LA OBRA

La Historia general de las cosas de la Nueva España es una *suma indiana*[23], una recopilación sustancial del saber acerca de la raza mexicana.

Consta la obra, como hemos dicho, de 12 libros. El primero trata de los dioses y diosas adorados por los indios; el segundo, de las fiestas que en su honor celebraban[24]; el tercero, de ciertos mitos religiosos, de la inmortalidad del alma y de ceremonias fúnebres; el cuarto, de la astrología judiciaria; cl quinto, de los agüeros y pronósticos. Estos cinco libros forman la primera parte de la obra, dedicada a las cosas divinas. Los libros sexto y séptimo se ocupan de la filosofía moral, la retórica y la astrología; el octavo describe las costumbres de los señores y del modo de gobernar la república; el noveno trata de los mercaderes, artesanos y otros oficios; el décimo, de las virtudes y vicios de los indios; el undécimo, de plantas, animales y minerales del país; el duodécimo es un resumen de la historia de la Conquista.

"*La grande obra de Sahagún* –dice García Icazbalceta– *es un tesoro inagotable de noticias acerca del antiguo pueblo mexicano. El título de* Historia general de las cosas de Nueva España *le cuadra a maravilla, porque allí hay de todo, y nadie que escriba de aquellos tiempos y de aquellas cosas puede eximirse de acudir a las páginas de Sahagún. El método peculiar seguido para componer la obra produjo el curioso resultado de que al través de la redacción del misionero español se transparenten las ideas y hasta las expresiones de los naturales. Él les dejó la palabra y tuvo escrúpulo en desnaturalizar la narración; pero los interrumpe y se presenta en propia persona siempre que se ofrece ocasión de abominar de la idolatría o de execrar los detestables ritos de aquel pueblo. Es una obra propiamente indígena; ni una sola autoridad cita; a nadie se refiere, sino a los consultores, y éste es uno de los caracteres más notables de la* Historia...

---

[23] Mauricio Magdaleno da este nombre a una selección de la obra de Sahagún publicada en 1943.

[24] Esta parte de la obra está resumida en nuestro folleto *Huichilobos*, No. 5 de esta colección.

"*Los defectos de la primera redacción mexicana pasaron a la traducción española. El estilo duro, pesado y difuso de los indios fue nimiamente respetado por Sahagún. La traducción, a fuerza de ser fiel, es de penosa lectura... Cuando el autor habla por sí, nos atrae la suma sencillez de su estilo. Varón de admirable candor y sinceridad, no se exalta sino cuando se le despierta el celo religioso*"[25].

La obra de Sahagún –fruto del trabajo de una larga vida– ilumina el pasado del pueblo mexicano, revela el misterio del alma indígena, en la que buceó el misionero etnógrafo y lingüista sin otro objeto que el de imprimir en ella la fe de Cristo.

La Historia general de las cosas de Nueva España fue para Sahagún –ha dicho Ricard– la mayor alegría y el mayor tormento de su vida: La mayor alegría porque satisfizo su clara vocación científica y misionera; el mayor tormento porque no siempre recibió el favor necesario para que la obra se difundiera y sirviese al fin que el autor había perseguido. Fr. Bernardino murió sin saber qué suerte había corrido su obra y quizá con la certeza de que todo su trabajo había sido inútil. De hecho, su *Historia* fue casi desconocida de los misioneros de México, o no tuvo entre ellos la difusión que merecía y que Sahagún se propuso.

Fue 2 siglos después de la muerte del insigne franciscano cuando su obra vino a ser divulgada, y no fue tarde, porque nunca lo es para arrojar luz sobre el misterio. Ahora mismo el libro del P. Sahagún –como ha dicho Mauricio Magdaleno– es oportuno y útil porque es llegado el tiempo de "*enfibrar los hilos de la tradición para fundar, sobre ella, los valores más sustantivos del presente*".

UNA FALSA ACUSACION

A propósito de las obras del P. Sahagún es bueno saber si –a como algunos lo han dicho– nuestro autor sufrió grandes persecuciones a causa de ellas. Cuando esto se dice, trátase de demostrar que Fr.

[25] ICAZBALCETA, *Bibliografía*, p. 375.

Bernardino vivió una época oscurantista y que sus contemporáneos, muy pequeños en comparación con él, quisieron apagar la luz que brotara de los escritos del misionero.

El más notable de los historiadores mexicanos, don Joaquín García Icazbalceta, ha desvanecido el cargo con las razones que en seguida reproducimos.

Fue el venerable P. Toral, provincial de los franciscanos, quien mandó a Sahagún que escribiese la historia en mexicano, y le prestó toda clase de auxilios. Él y sus sucesores le permitieron que fuera donde quisiese: que consultase detenidamente y por 3 veces y en diversos lugares con los indios y los colegiales; que pasase y repasase lo escrito hasta perfeccionarlo; que se sacasen varias copias y se gastasen *hartos tomines* en amanuenses. ¿Hay en esto persecución, o lo que hay es protección decidida por parte de la orden?

Cuando Sahagún terminó su trabajo, pidió espontáneamente que fuese examinado en el Capítulo, que lo aprobó. Cierto que se rehusó a gastar más en escribientes. Esta determinación no carecía de fundamento. La obra en lengua mexicana estaba lista. El Padre Escalona, provincial electo en aquel capítulo, era muy celoso de la observancia de la pobreza, que practicaba en su persona con extremado rigor, según Mendieta, y no sin razón creía que el dinero recogido de limosna no debía emplearse en traducir a otra lengua lo que estaba escrito en una que entendían casi todos los religiosos. Por lo demás, se dejó al autor en completa libertad de acabar la versión castellana. ¿Dónde está la persecución?

El Provincial tomó en seguida los libros y los esparció por toda la provincia. Esta determinación molestó al autor, pero el resultado fue provechoso porque los leyeron muchos religiosos, y aun seglares, es decir, se les dio publicidad, y se multiplicaron las copias. Si hubiese habido intento persecutorio, o se destruyen los libros, o se guardan bajo llave. Corrieron riesgo de perderse, pero el caso fue que ninguno se extravió, y por orden del P. Navarro, todos volvieron a poder del autor.

El Sumario llamó en España la atención de un personaje tan elevado como el presidente del Consejo de Indias: quiso conocer la

obra y el P. Sequera trajo el encargo de enviar copia íntegra en ambas lenguas. Estas no son señales de persecución, sino de aprecio.

De lo dicho tenemos que concluir que el P. Sahagún nunca fue perseguido.

Es verdad que el voluminoso trabajo del misionero no se dio a la prensa, pero esto se explica. La conquista y colonización de las Indias dieron origen a un inmenso cúmulo de historias y relaciones. No podía el gobierno imprimir todo aquello, y menos cuando la imprenta no contaba con los medios que ahora tiene para facilitar las ediciones. Creer que el gobierno dejaba inéditas tales obras por sistema, es una vulgaridad.

LA COPIOSA PRODUCCION DE SAHAGUN

Repitamos, con el historiador Mendieta, que en doctrinar a los indios y escribir para su aprovechamiento, empleó Fr. Bernardino de Sahagún 61 años que vivió en esta tierra. La *Historia general* fue la obra más grande hecha por el religioso, pero no la única.

La bibliografía sahaguntina es una selva espesa cuyos vericuetos sólo conocen los eruditos; por lo mismo, no osaremos internarnos en ella. Sólo con el fin de que el lector tenga una idea de la copiosa producción literaria del P. Sahagún, mencionaremos algunos de sus más importantes trabajos.

Entre los escritos conocidos de Fr. Bernardino existen los siguientes: *Epístolas y Evangelios* en lengua mexicana, libro compuesto hacia 1563, según Icazbalceta, cuando Sahagún residía en Tlatelolco; *Sermones mexicanos, Libro de la venida de los primeros Padres, y las pláticas que tuvieron con los sacerdotes de los ídolos, Catecismo de la Doctrina Cristiana en lengua mexicana, Postilla o Libro de las Postillas, Psalmodia Cristiana y Sermonario de los Santos del año en lengua mexicana, Exercicios Quotidianos en lengua mexicana, Manual del Cristiano, Vocabulario trilingüe, castellano, latino y mexicano, Calendario mexicano y Arte Adivinatoria*. Entre los escritos desconocidos se cuentan *Vida de San*

Bernardino, Arte de la Lengua Mexicana con un Vocabulario Apéndiz, y otros.

El P. Sahagún tuvo por colaboradores a los colegiales indígenas de Tlatelolco. Diga el lector si el hecho de que a los 30 o 40 años de la conquista hubiese entre los indios personas poliglotas, capaces de ayudar a los frailes en sus tareas misioneras, no acredita la formidable labor educativa de la Iglesia.

"SIN DESCANSAR UN DIA TRABAJO HASTA LA MUERTE..."

Fr. Bernardino de Sahagún se ocupó la mayor parte de los 61 años que vivió en México en sustentar y mejorar el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, "*donde sin descansar un día trabajó hasta la muerte en la instrucción y doctrina de los niños, hijos de los principales indios que allí concurren de toda la tierra enseñarse más perfectamente a leer y escribir, y a saber latinidad y medicina, según es menester, y cosas de policía y buenas costumbres*"[26].

Es probable que el Padre volviera al colegio de Santa Cruz hacia el año de 1570, para no salir ya de él. No era –dice Icazbalceta– propiamente un maestro o superior, sino un padre rodeado de sus hijos.

Fr. Bernardino empleaba el tiempo en la composición de sus obras y en la enseñanza de los indios, que pagaban la instrucción que recibían cooperando en los trabajos. de sus maestros, según el sincero testimonio del P. Sahagún, que dice: "*Si sermones, postillas y doctrinas se han hecho en la lengua indiana que puedan parecer y sean limpios de toda herejía, son los que con ellos (los colegiales) se han compuesto; y ellos, por ser peritos en la lengua latina, nos dan a entender las propiedades de los vocablos y las de su manera de hablar; y las incongruidades que hablamos en los sermones o escribimos en las doctrinas, ellos nos las enmiendan; y cualquiera cosa que se ha de verter en su lengua, si no va con ellos examinada,*

[26] MENDIETA, *Historia*, lib. V, cap. 41.

no puede ir sin defectos; ni escribir congruamente en la lengua latina, en romance ni en su lengua, por lo que toca a la ortografía y buena letra, no hay quien lo escriba si no es los que aquí se crían"[27].

FIN DE UNA VIDA

Nos dice el cronista que Fr. Bernardino de Sahagún fue en su vida "*muy reglado y concertado*", y así vivió más tiempo que ninguno de los antiguos, porque lleno de buenas obras, fue el último que murió de ellos, acabando sus días en venerable vejez, a la edad de más de noventa años.

"*La manera de su muerte* –dice el mismo cronista– *fue que, dándole la enfermedad del catarro, que el año de mil quinientos y noventa corrió generalmente, temiendo los compañeros sacerdotes mancebos que se les fuese entre las manos, importunábanle que se dejase llevar a la enfermería de México para ser curado, o a lo menos, ya que no quería curarse, enterrarse con los santos viejos sus compañeros, como él mismo lo deseaba. A lo cual él les respondió diciendo: 'Callad, bobillos, dejadme, que aún no es llegada mi hora'. Mas tanta prisa le dieron, que por no serles pesado hubo de ir a la enfermería, y dijo al enfermero: 'Aquí me hacen venir aquellos bobillos de mis hermanos sin ser menester'. El enfermero le regaló algunos días, con que se volvió a su convento de Tatelulco, y al cabo de algunos días volvió a recaer, y entonces dijo: 'Agora sí que es llegada la hora'. Y mandó traer ante sí a sus hijos los indios que criaba en el colegio, y despidiéndose de ellos fue llevado a México, donde acabado de recibir devotamente todos los sacramentos en el convento de S. Francisco de la dicha ciudad, murió bienaventuradamente en el Señor, y está allí enterrado*"[28]

Torquemada agrega que al entierro "concurrió mucha gente y los colegiales de su colegio con hopas y becas, haciendo sentimiento de su muerte". Ocurrió ésta el 23 de octubre de 1590.

---

[27] SAHAGÚN, *Historia General*, t. III, p. 83.
[28] MENDIETA, *Historia*, lib. V, cap. 41.

Los restos del P. Sahagún reposaron, junto a los de los *santos viejos*, en el cementerio del convento de S. Francisco de México, "*hasta que el soplo vandálico de la revolución vino a dispersarlos*". Mauricio Magdaleno dice que "*la incuria borró toda huella*" de los huesos benditos de Fr. Bernardino, y no dice bien, porque fue el propósito deliberado y criminal de la revolución lo que causó la pérdida de los restos de éste y. de los demás Padres de México.

"*Fr. Bernardino de Sahagún* –dice Icazbalceta–, *por sus virtudes, sus ejemplos, su celo evangélico, la pureza de sus costumbres, su humildad, pobreza y desinterés, su consagración entera al bien de los indios, sus grandes trabajos doctrinales, lingüísticos e históricos, es una de las figuras más venerables de nuestra historia. Lustre es de España que le vio nacer, y gloria de México, a quien dio la mayor y mejor parte de su vida. Eterna debe ser su memoria, y para nosotros siempre grata*".

Fray Andrés de Olmos

FUE este religioso natural de la tierra de Burgos, cerca de Oña. Crióse con una hermana casada, en Olmos, cerca de Valladolid, de donde tomó el nombre o apellido.

En su juventud estudió leyes y cánones sagrados. A los 20 años dejó el mundo y tomó el hábito de los menores del Padre San Francisco en el convento de Valladolid. Hecho religioso, vivió en la observancia de su regla, ocupando el tiempo en aprender las letras divinas.

Cuando Fr. Juan de Zumárraga era guardián del convento del Abrojo recibió de Carlos V la comisión de hacer una pesquisa acerca de las brujas de Vizcaya y entonces escogió por compañero a Fr. Andrés de Olmos, que lo auxilió en aquella investigación sobre hechicerías y embaimientos.

Más tarde, siendo el mismo Fr. Juan de Zumárraga promovido al obispado de México, volvió a elegir a Fr. Andrés para compañero, y lo trajo con él a la Nueva España para alivio de sus trabajos y conversión de los naturales. Llegó, pues, a México el 6 de diciembre de 1528.

Fr. Andrés era hombre de mediana estatura y buena complexión, hecho para soportar los más rudos trabajos. Cuerpo robusto y mente luminosa, Fr. Andrés tomó a su cargo las faenas de evangelización que mayor dificultad ofrecían.

En efecto, recién llegado apenas se aplicó al conocimiento de las lenguas indianas. Primeramente, dominó el náhuatl y supo después "*todos los géneros de lenguas que le parecieron de mayor necesidad y más universales*", entre éstas, la totonaca, la tepehua, la guasteca y

Fr. Andrés de Olmos.

otras. A Fr. Andrés de Olmos se refiere, seguramente, el historiador Mendieta cuando dice: "*fraile hubo que sacó en más de diez distintas lenguas la doctrina cristiana, y en ellas predicaba la santa fe católica, discurriendo y enseñando por diversas partes*"[29]

ESCRITOR DE ANTIGÜEDADES

El presidente de la primera Audiencia, don Sebastián Ramírez de Fuenleal y Fr. Martín de Valencia, encargaron al Padre Olmos "*por ser la mejor lengua mexicana que entonces había en la tierra, y hombre docto y discreto*", que escribiese un libro sobre las antigüedades de los naturales, en especial de México, Tezcoco y Tlaxcala, "*para que de ello hubiese alguna memoria, y lo malo y fuera de tino se pudiese mejor refutar, y si algo bueno se hallase, se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles*".

El dicho Padre, luego de haber examinado las pinturas que los caciques y principales tenían de sus antiguallas, y de haber conferido con los más ancianos, compuso un libro "*muy copioso*", del que se sacaron 4 copias que se enviaron a España, y cuyo original dio después a cierto religioso que también iba a Castilla, de suerte que no le quedó copia de ese libro, aunque sí memoria de lo principal que contenía.

Pasados algunos años, al saber en España personas de autoridad que Fr. Andrés había recopilado noticias acerca de la antigüedad precortesiana, se las pidieron, y para complacerlos recorrió sus memoriales y compuso una *suma* de lo que el libro contenía.

"*Yo, que esto escribo* –dice Mendieta–, *teniendo algún deseo de saber estas antiguallas, ha muchos años que acudí al mismo Padre Fr. Andrés, como a fuente de donde todos los arroyos de esta materia emanaban, y él me dijo en cuyo poder hallaría esta su última recopilación escrita de su propia mano, y la hube y tuve en mi poder; y de ella y de otros escritos del Padre Fr. Toribio, uno de los*

[29] Ib., lib. III, cap. 29.

primeros doce, saqué lo que en este libro (el segundo de su Historia) *de los antiguos ritos de los indios escribo, siguiendo su brevedad...*"[30]

Conforme a esta noticia, debemos reputar a Fr. Andrés de Olmos como fundador de la historia del antiguo pueblo mexicano, ya que su obra es anterior a la de Motolinía y a la de Sahagún.

Ignoramos qué fin hayan tenido el libro y el sumario escritos por el Padre Olmos. Icazbalceta no los menciona en su *Bibliografía* del siglo XVI, donde sólo alude al *Arte de lengua mexicana*, también escrito por Fr. Andrés, libro que el comisario Fr. Martín de Hojacastro mandó que se imprimiese, y que no se imprimió por falta de imprenta[31].

LOS TRABAJOS DE UN FUNDADOR

Los mexicanos bendeciríamos la memoria de los Padres Fundadores sólo con pensar cuántos años –cuántos siglos– de trabajo constante y agotador representa la formación de la nacionalidad, de la que ellos fueron autores.

Si México es una nación, o lo que es lo mismo, si es una comunidad organizada, unida por el idioma, la religión, los hábitos de vida comunes, se debe a los que trabajaron desinteresada, heroicamente, dejando en el trabajo hasta el último aliento de su alma, por constituir sobre un inmenso territorio lo que es hoy el pueblo mexicano. Es decir, se debe a los Padres que al propagar la fe crearon la nación. Uno de ellos –su nombre ni siquiera se pronuncia en las clases de historia de las escuelas– es Fr. Andrés de Olmos.

Fue un poliglota asombroso. Escribió gramáticas, doctrinas, historias. Y fue, además, un Fundador que al llevar a tierras remotas y bárbaras la lumbre de la fe, expandió el ámbito de la nación.

En efecto, mientras sus compañeros de religión se dispersaban por el Valle de México, Michoacán o la Nueva Galicia, el Padre Andrés fue más allá, hacia el noroeste, al dominio de los bravíos chichimecas, y llegó hasta los confines de la Florida.

---

[30] SAHAGÚN, prólogo al libro II de la *Historia*.
[31] ICAZBALCETA, *Bibliografía*, p. 30.

"*Y fue dado como por luz y maestro a toda la Nueva España, y la alumbró por discurso de cuarenta y tres años que en ella vivió enseñando la ley de Dios con sus sermones, escrituras y santidad de vida*".

"COMO EL LEPROSO LLAGADO"

Cuando el Padre Olmos supo las principales lenguas que se hablaban en este país, se dio a correr sus provincias, con "*celo de la salvación de las almas, dando de si (como luz divina) evangélico resplandor*".

Anduvo siempre a pie por montañas y sierras fragosísimas y por valles, barrancas y honduras, de calores insufribles, sin ningún género de regalo, pues en aquel tiempo no había ni pan, ni vino, ni carne, ni comodidades de ninguna clase.

Alejado de los núcleos de civilización que ya existían, Fr. Andrés no temió gente bárbara, ni mal clima, ni ásperas montañas, y fue midiendo con sus pies descalzos tierra y más tierra, en busca de almas. Cuando volvía de sus largas peregrinaciones, sus hermanos podían observarlo "*comido de mosquitos, y por esto su rostro como el leproso llagado*".

Encima de estas fatigas, no le faltaron émulos y perseguidores, pero él cerraba los oídos a las voces de los detractores, y callaba los bienes que Dios le comunicaba, tomando por remedio "*cubrirse de cilicio y dar ceniza por pan a su apetito*".

FR. ANDRES, DRAMATURGO

Este religioso sabio que hablaba diez lenguas fue, con Fr. Luis de Fuensalida, de los primeros autores de obras teatrales destinadas a los fines de conversión.

Fr. Andrés escribió en náhuatl un auto titulado *El Juicio Final*, que fue representado en la capilla de San José de los Naturales –lugar de acción de Fr. Pedro de Gante– ante el virrey Mendoza y el obispo Zumárraga.

Las Casas dice que los actores y comparsas indios que tomaron parte en esta representación eran ochocientos, y que hicieron su papel a la perfección[32].

Sabemos por Mendieta que esta representación edificó grandemente a todos, indios y españoles, les persuadió a darse a la virtud y renunciar a la mala vida.

Una representación en la que toman parte 800 personas, hecha en idioma náhuatl y celebrada en el gran atrio de San Francisco –o sea delante de la capilla de San José– a la luz de los hachones, debió ser un espectáculo magnífico que impresionaría profundamente el alma de los miles de indígenas que asistirían a ella, entre los que habría muchos que aún conservaban el recuerdo de aquellas otras representaciones terroríficas que solían hacerse ante el teocali de Huichilobos, con cuerpos mutilados rodando por las escaleras.

Por otra parte, el *auto* de Fr. Andrés de Olmos produjo todo el efecto moral que se perseguía, o sea el provecho que "*la contemplación del juicio y del infierno trae a todos, pero más a las almas un poco rudas y un poco pueriles, no muy capaces de llegar a la virtud desinteresada, tan equivocadamente confundida con la santidad, y para los cuales, más que para todos, es el temor de Dios el principio de la sabiduría*"[33].

A Fr. Andrés de Olmos, autor de la pieza y traductor de la misma al náhuatl, debemos considerarlo uno de los fundadores del teatro en México, del buen teatro, del que tiene por fin hacer mejores a los hombres.

---

[32] LAS CASAS, FR. BARTOLOMÉ, *Apologética Historia de las Indias*, cap. 54.

[33] RICARD, ROBERTO, *Conquista Espiritual de México*, p. 368. Editorial Jus. Méx., 1947.

Era Fr. Andrés hombre muy humilde, "*teníase por vilísimo e indigno de algún bien en la tierra*". Huía de las honras mundanas. Alejábase de poblados y de la conversación de las gentes porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, como se lo propusieron varias veces, reconociendo su virtud y letras.

Así se alejó más de la comarca de México, pasó a las sierras de Tuzapan, donde estuvo algún tiempo, bautizó y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca.

Dejando ministros en aquella tierra, pasó a la Huasteca, y luego a Pánuco y Tampico, regiones por donde habían andado Garay, Cortés, Sandoval, Narváez y Nuño de Guzmán. Cosa maravillosa –dice el historiador franciscano– que Fr. Andrés siempre buscaba las tierras más ásperas y estériles para plantar la fe, temeroso de que los infieles que las habitaban quedaran sin ella si los otros ministros rehusaban la aspereza, peligros, destemplanza y esterilidad de dichas tierras, donde moraban "*gentes fieras y caribes que se andan por los campos como brutos animales, sin edificar casas, ni sembrar para coger*"[34].

El Padre Olmos llegó hasta los límites de la Florida, y de algún lugar al norte del Río Bravo, o próximo al Nueces, trajo una tribu de *maguaos* y fundó una misión en la sierra de Tamaulipas, vecina a un pueblo de indios huastecas y colonos españoles.

Se cree que la palabra *Tamaolipa* fue compuesta por Fr. Andrés de Olmos, profundo conocedor del idioma huasteca, y designó con ese nombre la misión por él fundada (1532). El origen de la palabra parece ser éste: Fr. Andrés llamó olives a los *maguaos*, por su color aceitunado, y a su misión *Tamaulipas*, que significa lugar de olives[35]. Otro autor afirma que Tamaulipas significa *lugar donde se reza mucho*.

---

[34] MENDIETA, *Historia*, lib. V, cap. 34.
[35] SALDÍVAR, GABRIEL, *Historia compendiada de Tamaulipas*, p. 23.

VIVIA ENTRE FIERAS

A esa región que fue el primero en evangelizar volvió el Padre Olmos a dar algún alivio a su cansada vejez, lleno de enfermedades que contrajo en las tierras destempladas por donde anduvo.

Después de tantos años de vida tan bien gastada, conquistaba hombres que eran más inhumanos y carniceros que las fieras del campo, entre los cuales vivía tan alegre y sin recelo como si fueran muy domésticos españoles. Hacía entre ellos sus ermitas y chozuelas con sus altares, "*como si no viviera entre una gente que se comen unos a otros, y que no tienen temor, ni vergüenza, ni ley, ni razón, más del arco y flechas con que derruecan los pajaritos que van por el aire volando*".

Dios cegaba aquellos bárbaros y aplacaba su fiereza y crueldad para que no se encarnizasen en su siervo, aunque estaban hambrientos y deseosos de sus carnes, como lo afirmó un religioso agustino que trató mucho a Fr. Andrés. Los mismos indios bárbaros confesaron a ese religioso que un jueves santo fueron a la ermita del P. Olmos con intento de matarlo, y que para hacerlo salir le flecharon la cubierta de la casilla, que era de paja, con flechas incendiarias, y viendo que el fuego no prendía en la choza, cobraron tanto pavor que se volvieron huyendo.

Los mismos indios dieron testimonio ante el gobernador de la tierra, que se llamaba Alonso Ortiz de Zúñiga, que muchas veces salieron a matar a Fr. Andrés, y que las flechas que le tiraban se volvían con la misma furia contra ellos, por lo cual no le osaban hacer mal ninguno, antes le venían mansos como corderos y lo veneraban como hombre del cielo, y de más de 40 leguas tierra adentro iban a oír de su boca la palabra de Dios.

"LA CRUZ DELANTE"

El lema de Fr. Andrés de Olmos era: "*la cruz delante*". Mendieta refiere que le oyó muchas veces esta respuesta cuando el infatigable misionero venía a México a los capítulos, donde sus hermanos,

compadeciéndose de su mucho trabajo, y al verle viejo, asmático, la cara llagada por los piquetes de insectos y debilitado por las privaciones que sufría, le rogaban que se quedase a descansar en el convento de México.

"*Hermanos, la cruz delante*", respondía siempre el misionero. "*Y decía esto con un fervor que bien mostraba, como otro S. Pablo, no se gloriar sino en la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, huyendo de todo consuelo, descanso y recreación humana*"[36].

Dice también su contemporáneo Mendieta que ya no echaba de menos las cosas que el apetito naturalmente suele desear, ni sentía en ellas gusto ni olfato, porque comía cualquier cosa de mal sabor y olor, como si fuera sabrosa y olorosa.

Una de las mayores preocupaciones de Fr. Andrés era la de aprovechar bien el tiempo. Se dolía de que otros lo perdieran, y para que se ocupasen en algo y no estuviesen ociosos, tradujo de latín en metro castellano el libro *de Haeresibus* de Fr. Alonso de Castro, "*con gran curiosidad y artificio y con mucha erudición y doctrina. Pensaba él que en la lectura del libro aprovecharían el tiempo los que mal lo gastaban*".

Sus trabajos literarios fueron muchos. Compuso un *Arte en lengua mexicana*, y "*para avivar los juicios bajos de los naturales*" escribió en el mismo idioma una versión de las pláticas que los viejos y señores mexicanos hacían a sus hijos y vasallos. Otros libros escritos por el Padre Olmos fueron: en lengua mexicana, *Libro de los siete sermones, Tratado de los Sacramentos y Tratado de los sacrílegos*; en lengua huasteca, una gramática, un vocabulario y una doctrina cristiana; en totonaca, un *arte* y un vocabulario. Además de éstos, compuso otros muchos.

Y este hombre lleno de ciencia, que hubiese brillado en cualquier Universidad y ganado honra mundana, pasó la mayor parte de su vida entre los salvajes, sufriendo enfermedades y molestias, por amor a Dios y a sus prójimos.

---

[36] MENDIETA, *Historia*, lib. V, cap. 34.

Es la de Fr. Andrés de Olmos una de las grandes –de las auténticamente grandes– figuras de la historia de México, y sin embargo, cuán pocos la conocen. Nuestros manualitos históricos, los que nos dieron a leer en la escuela, están llenos de nombres de héroes de cartón, hechos en el taller de monigotes de la pobre masonería, que buen cuidado tuvo de sepultar las genuinas figuras heroicas que con amor labraron nuestra patria, como Fr. Andrés de Olmos. Es ya tiempo de desenterrarlas y exponerlas a la veneración del pueblo, que no las ama porque no las conoce.

MAESTRO DE LOS INDIOS

Las pesadas tareas apostólicas que por espacio de 43 años desempeñó en México el Padre Olmos eran tan arduas como variadas. Tuvo que aprender idiomas, escribir libros, recorrer a pie dilatados países, fundar y extender misiones, bautizar, confesar e instruir a los indios en la fe. Principalmente al trabajo educativo aplicó su talento el ilustre religioso, que en verdad, como dice el cronista, "fue dado como por luz y maestro a toda la Nueva España".

Esta luz se proyectó desde las aulas del célebre colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde enseñó Fr. Andrés de Olmos, juntamente con Sahagún, Juan de Gaona, Francisco de Bustamante, Juan Focher y otros eminentes maestros.

Cuándo ejerció Fr. Andrés en Santa Cruz sus tareas docentes, no lo sabemos. Posiblemente después de fundar en Tamaulipas la primera misión, y antes de que emprendiera nuevas jornadas evangelizadoras. Hombre dotado de una capacidad extraordinaria para el trabajo, no desperdiciaba, como se sabe, una sola hora de su vida, y cuando no andaba predicando entre naciones bárbaras, aprendía lenguas, escribía libros o dictaba lecciones en el colegio.

Múltiple y asombrosa actividad la de este misionero extraordinario.

ALMA QUE DESAMPARA CANSADO CUERPO

Dice la historia de Mendieta que Fr. Andrés tuvo espíritu de profecía, según se vio en 2 casos. El uno fue que visitándole un sobrino suyo en el pueblo de Veitlalpa (sic), supo lo que de él había de ser, y relató las cosas futuras que le habían de acaecer, y delante de él y de sus compañeros las lloró. Todas sucedieron como el religioso las dijo, sin faltar un punto.

El otro caso fue que, poco antes de morir, le llevaron un enfermo para que lo confesara, y después de haberle oído, le dijo: "*Andad con Dios, hermano, que sola una hora me llevaréis de delantera y no más*". Su premonición se cumplió exactamente.

Cuéntase también que un día se alzaron los indios chichimecos que Fr. Andrés había convertido, lo que le causó la enfermedad que le costó la vida. Recogióse en un pueblo de españoles, entretanto los levantiscos se apaciguaban, y con sus amonestaciones procuraba desarraigar los vicios de los vecinos. Cierta vez que en aquel pueblo trataba de la devoción a la Virgen María, "*se levantó una llama de fuego muy grande entre sus pies, y lo fue cercando y se le subió hasta la cabeza. Y pensando que ya eran cumplidos sus días, alzó las manos en alto volviéndose a Dios, atemorizado (por ventura) de tan repentino suceso. Levantóse entonces un su devoto con quien el santo hablaba, para le apagar el fuego; mas por presto que llegó, ya había cesado la llama, quedando su cuerpo y ropa sin rastro ni olor del fuego. Y admirándose grandemente los circunstantes, respondió con mucha humildad el siervo de Dios: 'Al fin la cruz delante', dando la gloria y honra a Nuestro Señor, que tan señaladamente le favorecía*"[37].

Se tuvo por indicio este milagro de que ya su alma "*quería desamparar aquellos cansados miembros de su cuerpo y volar a la gloria de aquel Señor que vive en fuego inaccesible*".

Y así fue. Sabiendo el misionero que su fin se acercaba, se marchó a la tierra adentro, a la serranía donde se habían hecho fuertes aquellos indios bravos, los juntó, les dijo cómo ya se iba a morir y les pidió que se redujesen a la obediencia de la Iglesia y se sometiesen al

[37] MENDIETA, *Historia*, lib. V, cap. 35.

virrey y al arzobispo, que ellos lo recibirían con amor y proveerían de ministros para su doctrina.

Los indios, con muchas lágrimas y sentimiento, se despidieron de su padre y apóstol, ciertos de que no lo verían más, pues él lo decía. De allí se fue Fr. Andrés a Tampico, poblado entonces de españoles, donde su enfermedad se agravó. Poco antes de morir llamó a la gente de la casa donde estaba, y para agradecerle el bien que le habían hecho en hospedarle, les repartió todas sus riquezas, que eran: un rosario, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un cilicio. Las bendijo luego, comenzó a decir el Credo con profunda devoción, y terminado, dio su alma al Señor, el día 28 de octubre de 1571.

En el mismo punto de su muerte se le transfiguró el rostro en tan agradable semblante que a todos daba consuelo, y aquel olor que despedía su cuerpo llagado estando en vida, se transformó en fragancia. Dice también la crónica que en la hora que expiró oyeron los indios de su misión una extraña y linda música, y acudieron todos a la iglesia preguntando si había venido alguna persona importante a la que recibían con tanta fiesta.

Mostraron los naturales por la muerte del apóstol profundo pesar, y se cubrieron de luto. Y lo que pone el sello en las alabanzas de este santo es que un hombre que lo había perseguido, y murmuraba mucho de él, viendo las maravillas que ocurrieron en la muerte de Fr. Andrés, se fue al lugar donde yacía muerto y arrojándose a sus pies clamaba: “Este era varón santo, y me decía la verdad; mas yo, como malo, no lo quería creer”.

La crónica refiere varios milagros, atribuidos a la santidad del Padre Olmos.

La memoria de este Fundador debe vivir siempre en el corazón de los pueblos a cuyo amor sacrificó 43 años de su vida.

Fray Andrés de Olmos es uno de los Padres de México.

Fray Diego de Olarte

ERA extremeño y soldado, como Hernán Cortés. Vino en compañía del conquistador y tomó parte en la guerra que terminó con la caída de Tenochtitlan. Luego dejó la espada y se hizo fraile franciscano.

El caso de Diego de Olarte no es único. De otros soldados nos habla Bernal Díaz que también cambiaron los arreos militares por el sayal. Fueron ellos "*Sindos de Portillo, que dejó sus indios, vendió sus bienes e los repartió a pobres, se metió fraile e fue de santa vida; otro buen soldado que se decía Quintero… estuvo rico, lo dio por Dios e se metió fraile francisco; e otro soldado que se decía Alonso de Aguilar... fue persona rica, y tuvo buen repartimiento de indios, todo lo vendió y dio por Dios, e se metió fraile dominico y fue muy buen religioso; e otro soldado que se decía Fulano Burguillos, tenía buenos indios y estuvo rico e lo dejó e se metió fraile francisco; e otro buen soldado que se decía Escalante, era galán y buen jinete, metióse fraile francisco; otro soldado, que se decía Gaspar Díaz, natural de Castilla la Vieja, e fue rico, ansí de sus indios como de sus tratos, todo lo dio por Dios, e se fue a los pinares de Guajocingo, en parte muy solitaria, e hizo una ermita e se puso en ella por ermitaño*"[38].

Casos insólitos, verdaderamente, los de estos soldados que vinieron a guerrear, que arriesgaron la vida por obtener honra y provecho,

[38] DIAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Historia de la Conquista*, cap. 205.

Fray Diego de Olarte y Fray Pedro de Gante.

y que una vez obtenidos, renuncian a todo y se consagran a servir al pueblo que habían conquistado.

Diego de Olarte fue uno de estos conquistadores que renunciaron a toda conquista material. Estuvo presente, sin duda, en aquel recibimiento que Cortés hizo a los *Doce* y entonces se sintió *tocado*. Poco después, cuando los Doce comenzaban la plantación de la fe, decidió tomar el hábito de San Francisco para cooperar con Fr. Martín y los suyos en los trabajos de conversión.

Excedió Fr. Diego a sus hermanos en el rigor de la penitencia. Durante su vida religiosa, que alcanzó más de 40 años, siempre anduvo descalzo y sin túnica. Jamás bebió vino, por mortificar su carne, acordándose de lo que dice el Apóstol: que en el vino hay lujuria. Pero cuando caminaba con algún religioso que sentía debilidad, dábale vino de una botilla que llevaba.

Su cama era unas tablas, sin ropa, con sólo un petate, y no dormía tendido en ella, sino arrimado a la pared.

Después que entró en la religión nunca quiso montar a caballo, ni para pasar ríos, ni para subir asperísimas sierras, aunque muchas veces tuvo de ello necesidad. Dice Fr. Jerónimo de Mendieta que él le acompañó un año, siendo provincial, y pasando sierras muy fragosas, en tierra caliente, lo vio tan agotado por el calor del sol, caminando por las tardes, que no podía dar paso adelante, y cuando lo daba, le era forzoso tirarse en el suelo a descansar. Y como los indios, previniendo la necesidad, llevasen caballos para andar los malos caminos, y tanto ellos como Fr. Jerónimo le rogasen que cabalgara un poco (*siquiera para no llevar la compañía penada*), no lo convencían.

"YA POCO QUEDA"

Otras veces, en caminos pedregosos y llenos de espinas, Fr. Diego se iba lastimando y desangrando los pies, y entonces le suplicaban que se calzase unas sandalias, pues Cristo lo permitió a sus apóstoles, y nunca se las quiso calzar, sino que siempre respondía: "*Ya poco queda*".

Fue increíble el tesón que tuvo en cosas de rigor para con su cuerpo, rigor del que se consolaba con su dicho "*ya poco queda*", dando a entender que el tiempo que le restaba de vida era poco.

No aprendió Fr. Diego de Olarte muchas letras, porque era soldado cuando entró en religión, y no joven, y también porque en aquella época todos los religiosos, por la falta de ministros, se ocupaban en los trabajos de conversión, y no había tiempo disponible para estudiar.

Sin embargo, por el buen espíritu que tenía, y por saber bien la lengua mexicana, Fr. Diego fue uno de los mejores predicadores que hubo en su tiempo, de los que más fruto sacaron, y de los que más amaron los indios.

Era tan discreto y entendido que en las juntas de personas sabias de todas las órdenes, tenía su opinión mucha autoridad. Fue varias veces guardián del convento de México, definidor de la provincia, y luego provincial. Tuvo influencia sobre virreyes y gobernadores de la Nueva España, lo que claramente indica que el exsoldado de Cortés era hombre discreto.

Este trato que con los grandes tuvo Fr. Diego de Olarte le hizo daño porque, con motivo de la fingida conjuración del marqués del Valle, los terribles jueces pesquisidores que envió Felipe II (1567) tuvieron al siervo de Dios por sospechoso, y lo mandaron a España, afrentando sus canas, hábito y autoridad. Llegado a España, dio tan buena cuenta de su persona ante el rey, que éste se persuadió de la inocencia del acusado, y entendiendo que era hombre apostólico, sintió haberle impuesto el trabajo de ir a España. Dicen que el rey le ofreció un obispado, y que Fr. Diego lo rehusó, diciendo a S. M. que el obispado que él deseaba y la merced que pedía era que lo dejasen volver entre sus hijos, a los que entrañablemente amaba y había criado para Dios.

Volvió Fr. Diego con el cargo de comisario general de toda la Nueva España, pero tan quebrantado de salud por los trabajos sufridos, que apenas pudo llegar a Tlaxcala, de donde fue llevado a la enfermería del convento de Puebla de los Angeles, en que murió el año de 1569.

Esta es la breve historia de Fr. Diego de Olarte, que fue soldado de Cortés y luego misionero. Es una historia que demuestra cuán falso es el juicio de que los conquistadores eran una soldadesca brutal que iba sólo en pos del oro. Diego de Olarte, como varios de sus compañeros, renunció a todo para redimir por el amor a los que había vencido con la espada. Las páginas de la historia ofrecen pocas lecciones tan bellas como ésta.

Fray Juan de San Miguel

VINO a las Indias después de los primeros *Doce*, no se sabe de qué provincia. Fue destinado al reino de Michoacán, de cuyos habitantes aprendió la lengua. Estaban en aquellos primeros tiempos los gentiles dispersos en las montañas, a donde fue a buscarlos, arriesgando la vida.

Fr. Martín de la Coruña fundó las primeras iglesias y destruyó los templos de los ídolos, pero no tuvo ocasión de organizar los pueblos políticamente, tarea que heredó a Fr. Juan de San Miguel.

Este venerable Padre cumplió exactamente su cometido. Debe reputársele, por lo mismo, primer civilizador de Michoacán.

Fr. Juan bajó a los bárbaros de los montes e hizo que se congregaran en tierras llanas, fértiles y frescas, donde fundó pueblos muy ordenados, elevando a sus moradores a una vida propia de seres racionales. Lo que más se debe encarecer en este hecho es la eficacia que su palabra tuvo en las gentes salvajes, pues pudo persuadirlas a que dejaran los sitios en que se habían criado como brutos y que vinieran a otros, que aunque amenos, les eran desconocidos.

Luego que los tenía congregados, emprendía la fundación del pueblo, trazaba calles y plazas, distribuía solares para los edificios. Instruíales después en el modo que habían de observar en su gobierno, organizaba sus repúblicas y traía maestros de oficios para que los aprendiesen.

Ordenó que los niños se juntasen a la doctrina, y que entre ellos se escogiesen voces para la capilla, así como organistas. A su iniciativa

se introdujeron los instrumentos musicales, que luego los indios imitaron con mucho primor.

Lo que más trabajo costó a este religioso de S. Francisco fue el reducir muchas naciones de bárbaros chichimecos, gente montaraz y bravía que varias veces intentó despedazarle; pero –dice la crónica– "*era tanta la eficacia y suavidad de sus palabras, que amansaba sus iras, y los convertía en mansos corderos, y al retirarse a su convento le salían a buscar balando por aquellas sierras*".

Los chichimecos entre los que anduvo y a los que sujetó Fr. Juan de San Miguel, sin más armas que su palabra, eran gente feroz, movediza y brutal. No tenían asiento fijo, erraban por los montes, desnudos; dormían sobre la desnuda tierra, sufrían hambre, sed, frío, calores, sin entristecerse. Comían carnes de venado, víboras y otros animales ponzoñosos, despedazándolas con dientes y uñas, a manera de lebreles. Eran diferentes de los indios de paz en lengua, costumbres, fuerzas y disposición física. Eran nerviosos fornidos y desbarbados. No reconocían reyes ni señores, pero elegían capitanes, grandes salteadores, con quienes andaban en manadas errantes. No tenían ley ni religión concertada, aunque reverenciaban al demonio y lo consultaban para sus guerras, que las tenían entre sí muy sangrientas. Peleaban. desnudos, los cuerpos pintados de colores, y con arcos y flechas que en sus manos eran armas mortíferas.

Entre estos bárbaros se internó muchas veces el animoso Fr. Juan de San Miguel, sin que le precediesen soldados. Solo, con la cruz que llevaba en el báculo y en el pecho, penetró en las cuevas, escudriñó los repliegues de la sierra, para sacar a los bárbaros y atraerlos a la vida civilizada. Es de suponerse el trabajo que pasaría el civilizador en arrancar a los indios de sus montañas y acostumbrarlos a vivir quietos en comunidad.

Uno de los pueblos que fundó este venerable padre fue el de San Miguel el Grande (Allende), con indios otomíes y chichimecos. Fr. Juan permaneció en aquel lugar con otros religiosos mientras se fundó presidio para defenderlo de los bárbaros, y se hubiera mantenido allí mucho más tiempo si la necesidad que había de operarios en

Fray Juan de San Miguel O. F. M.

Michoacán no le hubiese obligado a levantar la mano de aquella labor, que dejó a otros.

"SOLO UN ROTO SOMBRERO..."

Fundado el núcleo de San Miguel, prosiguió Fr. Juan sus empresas civilizadoras, corriendo las cumbres de la sierra de Michoacán en busca de los indios gentiles. Era el caudillo que abría camino por aquellas serranías y desiertos, a pie, desnudo y hambriento. Muchas veces soportó los bochornos de la tierra caliente, "*sin yedra que lo albergase, como el profeta Jonás, sino un roto sombrero que lo defendía para no quedar más tostado de los rayos del sol*".

A su incansable trabajo atribuye la crónica la mayor parte de lo que se pobló en Michoacán. Fundada la cabecera de una región, se iban congregando otros pueblos, que observaban las mismas reglas políticas y el mismo estilo de arquitectura.

En donde dejó más hondas las huellas de su espíritu fue en el pueblo de Uruapan. Civilizada parte de la sierra, llegó Fr. Juan a este sitio, y hallándole tan lindo y vistoso, hizo alto allí con el propósito de establecer una nueva población, como en efecto lo hizo, en el mejor lugar que contenía todo aquel valle, y repartió la ciudad en calles, plazas y barrios, "*con tan linda disposición que pudiera emular la aristocracia de Roma*". Dio a cada vecino su posesión, mandando que desde luego hiciesen casas y que en cada una pusiesen una huerta, plantando todo género de frutas. Desde entonces no hubo casa de indio que no tuviese su huerta, de modo que todo el pueblo "*parecía un país flamenco, de frutales tan levantados que competían con los pinos para subirse al cielo*".

Fr. Juan encañó el agua del río (Cupatitzio) por todas las calles y casas del pueblo, y así todo el año se veía fruta y verdura.

Dice el cronista que el pueblo llegó a tener más de mil fuegos (hogares o familias), que luego disminuyeron con las pestes, pero no el comercio, que era muy activo porque acudían a Uruapan mercaderes de todas partes en tan gran número que fue necesario hacer tianguis todos los días.

Las operaciones de compra y de venta se prolongaban hasta la noche, y para evitar la confusión de la oscuridad, prendían los indios manojos de ocote que hacían "*una llama muy hermosa, y son tantos que parece todo el pueblo estar como en fiesta iluminado, y con esta claridad compran y venden, y se pueden volver con mucha facilidad a sus casas*".

Fr. Juan, "*colono seráfico, caudillo del pueblo, apóstol de su iglesia*", civilizador y legislador, dictó las normas según las cuales debería vivir aquella república naciente, que en poco tiempo floreció.

Luego hizo levantar una iglesia muy grande y suntuosa, y concluída la fábrica la adornó de retablos, órgano, ornamentos, como pudiera un gran potentado. Después de esto emprendió la obra de un hospital para curación de los indios enfermos, y lo concluyó a toda satisfacción. En este hospital acabó sus días el venerable obispo don Vasco de Quiroga.

Fundado el pueblo, hecha la iglesia y acabado el hospital, repartió la población en sus barrios, dándole a cada uno de ellos su capilla con el retablo del santo, para que todas las noches se juntasen todos los del barrio, después de la oración, a cantar la doctrina "y parecía coro de religiosos".

Los barrios fueron nueve, y otras tantas las capillas, cada uno con sus ornamentos y órgano. Hecho lo material de la fundación, atendió a lo espiritual y político, asistiendo en persona al examen de la doctrina, criando alcaldes, mayordomos y fiscales y estableciendo todos los oficios, así como escuelas de canto y música.

PRECURSOR DE DON VASCO

Las crónicas franciscanas atribuyen a Fr. Juan de San Miguel el mérito de la fundación de los primeros hospitales. Sin duda que fue el misionero franciscano precursor de don Vasco de Quiroga en esta obra, que fue luego ampliada por el gran obispo.

El origen de los hospitales se explica del siguiente modo:

Vivían ya los indios en Uruapan "*con el consuelo que goza el que después de una larga noche ve rayar el día*". Su tranquilidad movía

a los que estaban en los montes a que bajasen y se avecindasen en los pueblos, donde podían disfrutar del orden y concierto que en su gentilidad nunca tuvieron. Como eran muchos, venían entre ellos muchos enfermos, que habitando con los demás en sus casas les ocasionaban grandes pestes. Lastimado el Padre de aquella mortandad, discurrió hacer hospitales en todos los pueblos, junto a los mismos conventos, para que así el forastero como el morador tuviesen remedio en sus enfermedades. "*Quien hubiere visto y experimentado* –dice el cronista– *la pobreza de los indios y la cortedad de sus ánimos, echará de ver el fondo de este acuerdo, que fue el más acrisolado empleo que pudo inventar la caridad para el mayor servicio de Dios y mayor consuelo de los prójimos*"[39].

De acuerdo con el plan del Fundador, se edificaba primero la iglesia, y junto a ella, unos salones con sus patios y cocinas. El hospital era atendido por oficiales semaneros, que se juntaban por la noche, y cantaban la doctrina en el tono que la Iglesia canta sus himnos. Concluída la doctrina, salían de la iglesia y se iban a sus trabajos. Los sábados se hacía procesión con una imagen de la Santísima Virgen, que llevaban en hombros 4 indios principales.

Dispuso el Padre fundador que la comunidad labrase una sementera de trigo, maíz y otras semillas, y que recogida la cosecha se vendiese y con el producto se comprasen medicinas, ropa y alimentos para el hospital. En otros hospitales dispuso la cría de ganado mayor y menor, y hubo hospital que llegara a tener tantas reses como un hombre bien hacendado. Esta costumbre se conservó por mucho tiempo.

Los hospitales servían también para dar posada a los peregrinos, que recibían comida gratuitamente.

Ordenó Fr. Juan de San Miguel que en cada hospital se fundase una cofradía, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción, y que los cofrades sirviesen cada semana, por grupos de 5 y 6. En la *peste grande* de 1577 estuvieron en algunos hospitales de éstos más de 400 enfermos.

---

[39] ESPINOSA FR. ISIDRO FÉLIX DE, *Crónica Franciscana de Michoacán*.

“RENDIDO AL PESO DE LA MORTALIDAD”

Como Fr. Juan de San Miguel vino de España en edad ya madura, y se afanó tanto en la labor apostólica, “*hubo de rendirse oprimido del peso de la mortalidad*”, y reconociendo que le faltaba poco para despedirse del mundo, luego de empeñarse en nuevas faenas civilizadoras, volvió a su querido pueblo de Uruapan, para descansar en paz donde con tanta paz había trabajado gloriosamente.

En el convento de esta ciudad le cogió la última enfermedad, y resignado enteramente en la voluntad de Dios, murió el 3 de marzo de 1555.

Fue su muerte muy llorada de todos los tarascos, y en especial de los que había congregado en Uruapan, quienes cotejando la vida que tenían de racionales, viviendo tan gustosos y acompañados, con la que habían tenido en su gentilidad, metidos en las cavernas de la sierra, no se hartaban de dar gracias al Señor y a su fiel siervo Fr. Juan de San Miguel.

Para que no se borrase la memoria de su bienhechor, determinaron los tarascos levantarle estatua. “*Estilo loable* – comenta el cronista– *que en todas partes se observó fue el de levantar estatuas a los varones insignes*”. Por desgracia, esta costumbre se ha perdido.

Labraron, pues, una piedra retratándolo con todo el primor que les dio el arte, y levantaron la estatua en el frontispicio del hospital, en memoria de haber sido su primer fundador, “*para que allí fuese perpetuo padrón de sus obligaciones y memorial eterno de su agradecimiento*”.

Mantuvieron la estatua por espacio de varios años, pero temerosos de que viniesen de otros pueblos que fundó el Padre y se la robasen, la tapiaron de calicanto en el mismo nicho. Algunos años después cayó un rayo en el hospital y dio muerte a 33 personas, según la crónica. Quedaron espantados los indios, y entendiendo que aquella mortandad era un castigo por haber ocultado la estatua de su padre y fundador, determinaron descubrirla, como lo hicieron luego, con muchas lágrimas.

A la fecha, el recuerdo de este extraordinario civilizador se ha casi borrado del corazón del pueblo, y pocos son los que saben cuánto le debemos. Es obligación de mexicanos bien nacidos procurar que este recuerdo se avive y se transmita a las generaciones futuras; así pagaremos una deuda de gratitud.

Fray Francisco Lorenzo

NACIO en la ciudad de Granada, de padres nobles según la carne. Entró en religión a los 18 años, a pesar de sus padres, que intentaron casarlo al saber que pretendía el estado religioso. Escogida la novia y concertado el matrimonio, se llegó el día de las bodas, en que el muchacho, vestido ricamente, se fue al convento de San Francisco de la misma ciudad de Granada, y trocó las vestiduras de boda por el sayal pardo de los franciscanos.

Fuese ordenando a sus tiempos y por sus grados, hasta llegar al del sacerdocio. Corría entonces por todas las provincias de España la noticia del descubrimiento de estas nuevas tierras y la mucha necesidad de operarios evangélicos, lo que movió a Fr. Francisco a pasar a la Nueva España, lo que hizo en la primera oportunidad que tuvo, que no sabemos cuándo fue, pero por el cómputo de lo que trabajó en estas partes, se conoce que vino cuando la provincia de Michoacán era reciente custodia.

Puesto en la palestra de la predicación apostólica, por conseguir la conversión de los infieles sufrió inmensos trabajos, caminando descalzo por tierras incultas y calurosas, atravesando sierras encumbradas, crecidos ríos, profundas barrancas y despeñaderos.

Hizo notable fruto en la conversión con su palabra y su vida ejemplar; destruyó en muchas partes la idolatría con sus ritos y sacrificios gentílicos, levantó iglesias. En este ejercicio toleraba insufribles aflicciones corporales. Su vestido era un hábito sin túnica y un manto vil sin otra cosa alguna. A sus cansados miembros no daba otro descanso en los campos, más que sobre ramas o sobre la tierra desnuda. Su principal tarea en el dominio de los indios bárbaros

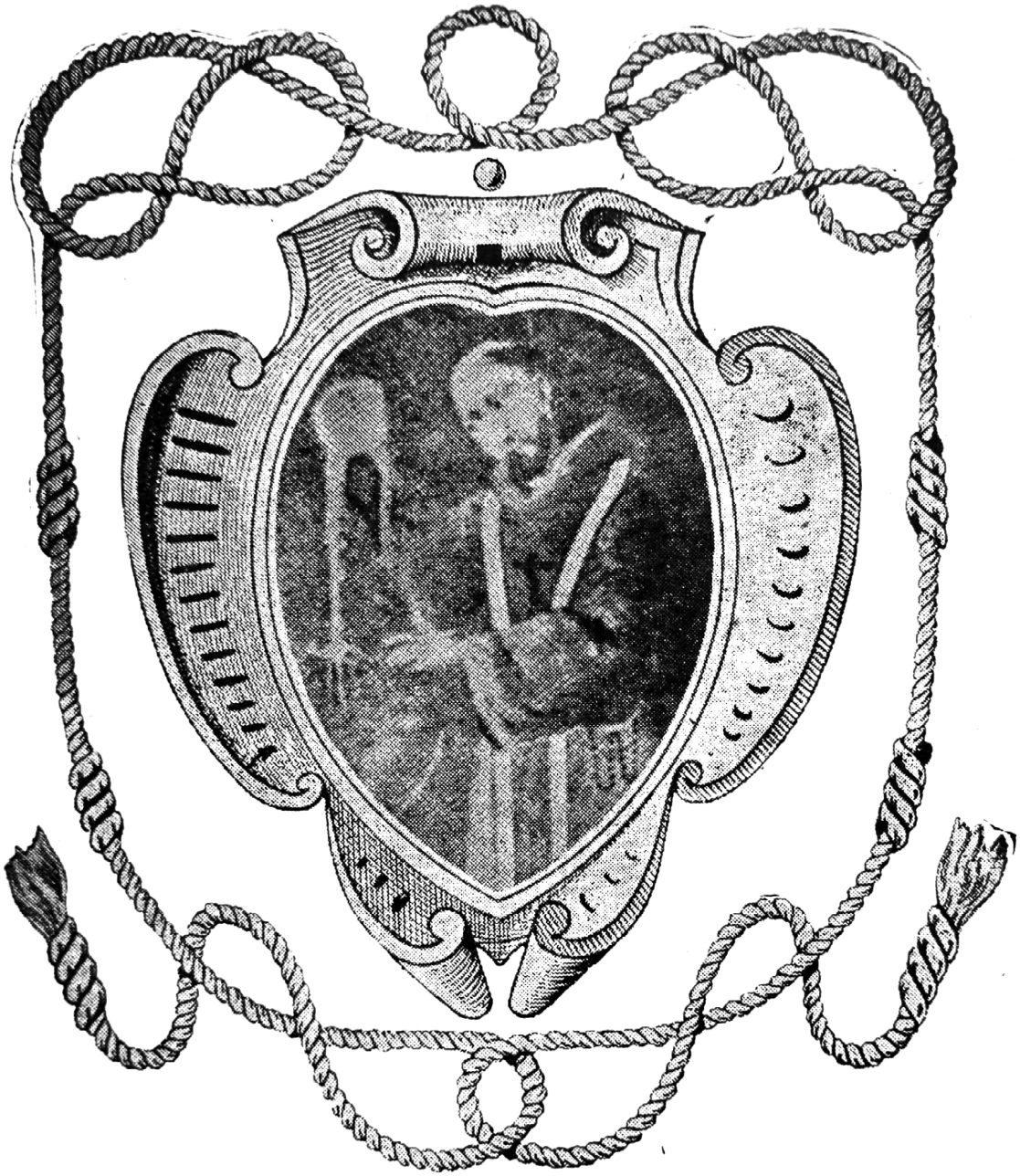
era congregarlos en pueblos en torno a las iglesias que establecía. Andaba de ordinario acompañado de otro religioso y recorría grandes territorios, mojado de aguaceros, desmayado de hambre, de sed o de fatiga.

Fue el venerable Padre Francisco Lorenzo el fundador del monasterio de Ahuacatlán, en el reino de Jalisco, y su primer guardián, y juntamente con Fr. Miguel Estivales, religioso lego de singular virtud, fundó en este pueblo de Ahuacatlán la primera escuela para enseñar la doctrina cristiana. Antes de que llegara al lugar, se habían sublevado los moradores de él y retirándose a la serranía, entre ellos el indio sacristán, que guardaba las cosas de la iglesia. La madre de éste, luego que vio llegar al pueblo a los 2 religiosos, se fue a ellos y les preguntó si venían a residir, o sólo de paso. Respondiéronle que para qué lo preguntaba, a lo cual replicó ella que si habían de seguir en el pueblo les daría ciertas cosas del servicio del altar que tenía guardadas en su casa, porque un hijo suyo se las había llevado antes de irse a vivir entre los alzados. Los Padres diéronle a entender que habían venido a quedarse allí y la mujer les llevó las cosas que guardaba.

Viendo esto, Fr. Francisco determinó ir en busca de los alzados, y tomando el camino de la sierra fue hasta donde se hallaban, predicóles y con la suavidad de su palabra los fue poco a poco recogiendo. Tantos se redujeron, que formó en el valle de Ahuacatlán 16 pueblos, todos muy pacíficos, y levantó otras tantas iglesias.

Después pasó con su compañero a otro valle llamado de Ahuaxocotlán, habitado de indios bravos, sobre los que ejerció tal influencia su palabra que en poco tiempo logró reducirlos y formó con ellos 5 pueblos con sus iglesias y escuelas.

Vuelto victorioso a su convento de Ahuacatlán, como el fuego que ardía en su pecho no le permitía descanso, determinó ir con su compañero Fr. Miguel a otra región de indios bárbaros, llamados tecoxquines, que estaban 12 leguas de allí, y llegados a su pueblo, que se decía Oztoticpac, sus moradores lo desampararon y huyéronse a la sierra. Al ver los fugitivos que con los frailes no venía nadie más, empezaron a volver en grupos. Reunida la gente, Fr. Francisco hízole



Fray Francisco Lorenzo O. F. M., mártir de los chichimecos.

saber que no venía a sus pueblos a hacerles mal alguno, sino mucho bien. Ellos respondieron que se holgaban mucho con su venida, porque sabían bien que eran padres espirituales, y que no hacían mal a nadie, ni querían cosas del mundo; pero que habían tenido recelo de los cristianos (así llamaban ellos a los españoles seglares) porque era gente codiciosa y los oprimían para sacarles oro y plata. Para mostrar su alegría, dieron de comer a los religiosos y dispusieron un baile con mucho contento y regocijo. Los padres les trazaron los sitios donde debían congregarse, en la primera iglesia pusieron una imagen del Apóstol Santiago.

Pacificados los tecoxquines, pasaron los religiosos a otro pueblo de la misma lengua, donde los recibieron con mucha alegría. Edificaron allí otra iglesia consagrada a San Miguel. Volvieron a su monasterio, y después de descansar algunos días, partieron nuevamente a Ahuaxocotlán. A la segunda noche de su llegada fueron avisados de los del pueblo, cómo otros indios vecinos y enemigos querían venir a matarlos por haber recibido a los frailes. Parecióles conveniente ausentarse, como lo hicieron, para que no recibiesen daño aquellos pobres. No fue en vano el temor, pues al alborear el día cayeron los enemigos, y no hallando con quién emplear su saña, prendieron fuego a los 5 pueblos de doctrina, y con feroz rabia quitaron la vida a 6 muchachos cristianos, que eran los maestros de la escuela. A los pocos días volvieron los Padres y edificaron de nuevo los 5 pueblos.

Viendo Fr. Miguel los abundantes frutos que recogía Fr. Francisco, y temiendo que se apagase aquella antorcha, se empeñó en convencerlo de que dejara aquel lugar, donde estaba rodeado de enemigos. Respondió el Padre que bien sabía que aquellos indios le habían de matar, mas que no por eso dejaría de predicarles.

Conocía Fr. Francisco que muchas de las naciones por donde había peregrinado no estaban bien radicadas en la fe, y decidió por lo mismo, hacer nueva entrada por tierra de los tecoxquines, que había dejado en paz. Consultaron con ellos si sería conveniente ir en busca de los bárbaros de Ahuaxocotlán. Respondieron los indios amigos que el intento era peligroso, porque los de aquella nación eran

enemigos crueles y declarados. No desistieron Fr. Francisco y su compañero de la empresa, y fueron entre los bárbaros, con riesgo de sus vidas. La misión tuvo buen éxito. Los infieles salieron a encontrar a los Padres y recibiéronlos con ramos verdes en las manos, los saludaron en su idioma y los regalaron a su usanza. Con tan buena disposición, fundaron allí 4 pueblos y permanecieron en ellos muchos días, al fin de los cuales volvieron a su convento.

Salieron de nuevo a descubrir provincias idólatras, y una de ellas fue la denominada de los Frailes porque sus habitantes usaban coronas como los religiosos. Antes de llegar a esta provincia bajaron al valle de Banderas, en que se cultivaba el cacao. No quisieron detenerse en aquel valle porque el cacao era producto muy apetecido de los españoles y consideraron que si juntaban en pueblos a los indios sólo sería para que los españoles se sirviesen de ellos. Por esta razón quedáronse Fr. Francisco y su compañero en las faldas de la sierra, donde formaron 7 pueblos. Pasaron de allí a la provincia de los Frailes, y hospedáronse en la casa del ídolo del sol. Allí fueron a verlos algunos de los naturales. Saludaban éstos bajando la cabeza, diciendo palabras en su lengua, y dichas se iban. Otro día se juntó mucha gente y el Padre les hizo una plática declarando el fin de su venida. Los indios recibieron sus palabras con gusto, ofreciéndose a admitir la fe con tal que los españoles no entrasen en sus tierras. Calmó sus temores Fr. Francisco, se edificó iglesia y se trazó sitio para el nuevo pueblo.

En el mismo valle se delinearon otros 6 pueblos. Acabado de poner todo en orden, dijeron los religiosos a los indios que pasarían a otras gentes, por nombre “los coronados”, porque también usaban coronas, aunque distintas de los otros. Pretendieron oponerse los indios, por temor de que los mataran, pero viendo la firmeza de su propósito, los acompañaron 20 capitanes con mucha gente armada. Al primer pueblo que llegaron fue Chacala, cuyos habitantes habían huido. Entendiendo Fr. Francisco que huían por miedo a los capitanes que lo acompañaban, rogóles que se volviesen a sus casas, porque ellos se querían quedar allí solos. Mucho costó convencerlos, porque sabían cuán fieros eran aquellos enemigos.

Viendo a los PP. solos, se vino a ellos un indio viejo, principal del pueblo, por saber el motivo de su venida, y entendiendo que venían de paz, les hizo buen cortejo. Preguntáronle qué tantos pueblos había en aquella punta de la sierra, que llegaba hasta las costas del Pacifico, y el indio respondió que había 17 pueblos. Envió Fr. Francisco indios mensajeros a llamar a los moradores de ellos, y todos vinieron.

Puestos en orden estos indios, partieron Fr. Francisco y su compañero para Amaxocotlán, donde tenían los naturales recogidos sus ídolos para hacer sacrificios. Alojáronse en la casa del ídolo del sol. Pasando adelante vieron otras 2 casas o templos en la costa del mar, y preguntó Fr. Miguel a los que le acompañaban a qué dioses estaban dedicados aquellos templos. Le respondieron que uno era dedicado al dios de la guerra y el otro al dios del pescado. Subieron a los templos y vieron a los ídolos con sus insignias: al dios de la guerra con una saeta en la mano, y al del pescado con un pez.

Sacó Fr. Miguel secretamente fuego de un pedernal que traía, y quemó los templos, que como eran de paja, luego ardieron. Entonces salió huyendo un sacerdote de los ídolos, que estaba escondido.

Dejaron aquel lugar y en el camino tuvieron noticia de que los bárbaros trataban de matarlos. Entonces dispusiéronse a morir, muy contentos. Cuando se animaban uno al otro para recibir la muerte, fueron cercados por más de 200 bárbaros con sus arcos y flechas, que gritaban mueras. Mas en un instante se les mudó el ánimo, porque se sentaron (que era señal entre ellos de paz) y se pusieron más mansos que corderos. Viendo esto, Fr. Francisco les hizo un razonamiento invitándolos a recibir 1a fe. Oyéronle de buena gana, y dijéronle que les complacía que los religiosos estuviesen con ellos, mas no querían españoles seglares, y porque recelaban que luego habían de venir, por eso los querían matar.

De aquí se volvieron Fr. Francisco y su compañero al convento, porque había muchos días que andaban fuera de casa, y era necesario tener cuenta de todo. Hallábase por accidente en Ahuacatlán el P. Alonso de Segovia, custodio entonces de Michoacán, que mandó con precepto formal de obediencia que no repitiesen viaje a aquellas

regiones, así por estar distantes 30 leguas de camino, como por haber estado 3 meses ausentes y reputados ya por todos entre los muertos.

Obedeció el guardián, y dejadas aquellas naciones distantes, procuró cultivar tierras más cercanas. Así, fue a la región de los tecoxquines, que lo recibieron con mucho agrado, y después de haberlos catequizado, les administró el bautismo. Los convenció de que no se *embirasen* –que era teñirse el cuerpo de negro, o de otros colores– y que le trajesen los ídolos que tenían guardados; que el que tuviera dos o tres mujeres, se quedase con la primera, casado según la ley de Jesucristo. Los catecúmenos ejecutaban todo esto de buena gana, por el deseo que tenían de bautizarse.

Estos indios de Amaxocotlán usaban barbas postizas de oro, plata o cobre, y para esto se arrancaban las pocas que les dio la naturaleza. Traían prendidas las postizas con unos clavitos, y poníanse dos alrededor de la boca. Los frailes mandaron que se las quitasen por la deformidad con que desfiguraban sus rostros; y estaban tan reducidos y obedientes, que al punto depusieron toda aquella afectación fantástica. Dice la crónica que "del oro, plata y cobre, que arrojaron al fuego, era tanta la abundancia que hubo metal para fundir 17 campanas".

Regresó Fr. Francisco a su convento de Ahuacatlán, pero sólo para estar una breve temporada y salir de nuevo en excursión apostólica. Otra vez visitó a los tecoxquines, por tener noticia de que los sacerdotes de los ídolos se habían retirado a su monte, donde tenían su adoratorio. Fr. Miguel Estivales, el inseparable compañero de Fr. Francisco, fue al monte y trajo a presencia del Padre a los sacerdotes fugitivos, que fueron llevados a Ahuacatlán, donde se les adoctrinó.

Tuvieron después noticia Fr. Francisco y su compañero de unos indios bien distantes del lugar en que se hallaban, los cuales habían desamparado sus pueblos y retirádose como fieras a lo intrincado de los montes. Los bajó el Padre y los hizo tomar asiento en sus pueblos. Lo mismo sucedió con otros indios remontados en la sierra de Xocotlán, que por consejo del Padre edificaron en la misma sierra 5 pueblos con sus iglesias.

Sabiendo de mucho tiempo atrás estos franciscanos que los indios *caxcanes*, homicidas del primer mártir Fr. Juan Calero, mantenían el hábito que le quitaron y con él vestida una estatua, ante la que celebraban fiesta cada aniversario de la muerte de Fr. Juan, intrépidamente entraron los Padres entre ellos, les reprendieron el gloriarse de tan mal hecho y pidiéronles el hábito del mártir, que entregaron con mucha sumisión, convencidos de las exhortaciones de Fr. Francisco. Formaron 3 pueblos con sus iglesias.

Celebróse por aquel tiempo capítulo custodial en el convento de Guadalajara, en el que salió electo el Padre Francisco guardián del convento de Ezatlán. A su compañero Fr. Miguel Estivales lo destinó la obediencia para que fuese a morar a otro convento de la custodia, y esta fue la causa de que no compartiera el fin de Fr. Francisco.

Separados los 2 compañeros, marchó Fr. Francisco Lorenzo a tomar posesión del convento de Ezatlán, y aquí decidió visitar a los indios de Cacalotlán, en la provincia de Amaxocotlán. Acerca de estos indios había dicho Fr. Francisco a su compañero Miguel que le habían de quitar la vida.

Emprendió la jornada llevando con él a un religioso joven llamado Fr. Juan, de quien calla la historia el apellido. Apenas llegaron a las rancherías de los indios, fueron recibidos y hospedados con alegría de todos. Súpose esta visita de unos indios vecinos llamados *tacotecanes*, enemigos declarados de la fe cristiana y de sus seguidores. Cayeron estos indios sobre la ranchería en que se hallaba Francisco y quitaron la vida a 17 personas de los indios cristianos. Despertó Fr. Francisco al estruendo de los enemigos, y llamando a su compañero le dijo con alentadas voces: “Ea, hermano, levántate presto, y ten valor y esfuerzo, porque ahora es el tiempo aceptable y el día de la salud, ya que con corto tiempo de padecer podremos alcanzar el reino de los cielos”.

Encendió luego unas velas delante del altar, y tomando un crucifijo se postró de rodillas. Entrábase Fr. Juan a su aposento para hacer lo mismo, los enemigos corrieron tras él, y al entrar de la puerta le mataron a macanazos. Tornaron luego a la iglesia, donde estaba Fr. Francisco de rodillas con un crucifijo en la mano, y diéronle con una

macana un terrible golpe en la cabeza, que hizo caer de las manos del mártir el crucifijo. Díjole entonces el bárbaro que lo hirió: "¿Piensas que te ha de valer ése?" Entonces, una, dos y tres veces repitiendo golpes, lo acabó de matar con mucha crueldad.

No contentos aquellos homicidas con ver tanta sangre derramada, quemaron la iglesia reduciendo a cenizas las imágenes, y las celdas donde se hospedaban los religiosos. Luego huyeron a los montes.

Al día siguiente –16 de enero de 1560– los indios de las serranías por donde el siervo de Cristo había predicado el Santo Evangelio, fueron a pedir justicia ante los oidores que residían en la ciudad de Compostela, los que respondieron que irían a hacer información de aquel caso y castigar a los delincuentes con todo rigor. Partió para este efecto el oidor Contreras con 100 españoles y 4,000 indios cristianos, de los que había bautizados. Quedáronse los españoles en los llanos y lomas, y los indios subieron a lo más alto y dificultoso, porque sabían bien la tierra. Acorralaron a los culpables de tal suerte que sólo 8 o 9 escaparon con vida, y éstos eran los principales, que fueron ahorcados para castigo ejemplar de todos los bárbaros de aquella comarca.

Fr. Francisco Lorenzo es uno de los grandes civilizadores de México. Dice la crónica que fundó 77 pueblos, entre los indios bravos del oeste de Jalisco y en el territorio del actual estado de Nayarit.

Osó meterse donde nadie se arriesgaba, con peligro de su vida mortal, que al fin vino a perder entre los bárbaros.

Colono, apóstol, maestro y mártir, Fr. Francisco Lorenzo es una de las figuras más venerables de la historia de México.

BIBLIOGRAFIA

BEAUMONT, FR. PABLO, *Crónica de la Provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán.* Méx., 1932.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Historia de la Conquista de la N. España.* Méx., 1939.

ESPINOSA, FR. ISIDRO FÉLIX DE, *Crónica de la Provincia de los SS. Apóstoles San Pedro y S. Pablo de Michoacán.* Méx., 1945.

GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI.* Méx., 1954.

JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO, *Fr. Bernardino de Sahagún y su obra.* Méx., 1938.

MAGDALENO, MAURICIO, *Suma Indiana.* Introducción y selección de la *Historia* de Sahagún. Méx., 1943.

MENDIETA, FR. JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica Indiana.* Méx., 1945.

MOTOLINÍA, FR. TORIBIO, *Historia de los indios de la N. España.* Méx., 1941.

REA, FR. ALONSO DE LA, *Crónica de la Orden de N. P. S. Francisco, Provincia de S. Pedro y S. Pablo de Michoacán.* Méx., 1882.

RICARD ROBERTO, *La Conquista Espiritual de México.* Ed. Jus. Méx., 1947.

SAHAGÚN, FR. BERNARDINO, *Historia general de las cosas de Nueva España.* Méx., 1938.

SALDÍVAR, GABRIEL, *Historia compendiada de Tamaulipas.* Méx., 1945.

SIERRA, VICENTE D., *El sentido misional de la Conquista de América.* B. Aires, 1942.

TORQUEMADA, FR. JUAN DE, *Monarquía Indiana.* Sevilla, 1615.

VETANCOURT, AGUSTÍN, *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México,* Méx., 1871.

—— *Menologio franciscano.* Méx., 1871.

INDICE

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN ... 5
La mies y los operarios 8
Primeros trabajos 9
Apóstol alpinista 10
Maestro en el Colegio de Santa Cruz 11
Una obra de misericordia 12
Guardián y visitador 13
La gran empresa 14
Fundador de la etnografía 15
El método de la investigación ... 18
Los tres cedazos 20
"Poca dicha tuvo este bendito Padre..." 22
Contenido de la obra 23
Una falsa acusación 24
La copiosa producción de Sahagún 26
"Sin descansar un día trabajó hasta la muerte..." 27
Fin de una vida 28
FRAY ANDRÉS DE OLMOS 30
Escritor de antigüedades 32
Los trabajos de un fundador ... 33
"Como el leproso llagado" 34
Fr. Andrés, dramaturgo 34
Apóstol en Tamaulipas 36
Vivía entre fieras 37
"La Cruz delante" 37
Maestro de los indios 39
'Alma que desampara cansado cuerpo' 39
FRAY DIEGO DE OLARTE 42
"Ya poco queda" 44
FRAY JUAN DE SAN MIGUEL 47
"Sólo un roto sombrero..." ... 50
Precursor de Don Vasco 51
"Rendido al peso de la mortalidad" 53
FRAY FRANCISCO LORENZO 55
BIBLIOGRAFÍA 64

FIGURAS Y EPISODIOS DE LA HISTORIA DE MEXICO
Revista Mensual publicada por la Editorial Campeador.
Distribución JUS. Plaza de Abasolo 14. Col. Guerrero. México 3, D. F.

AÑO II Marzo 1955 NUM. 19

NUMEROS PUBLICADOS:

No. 1.—Legítima Gloria (2a. edición) ..... $ 4.00
No. 2.—Presidente sin mancha (2a. edición) ..... „ 3.00
No. 3.—Santa Anna (2a. edición) ..... „ 3.00
No. 4.—La Guerra de 3 años (2a. edición) ..... „ 3.00
No. 5.—Huichilobos (2a. edición) ..... „ 3.00
No. 6.—Hernán Cortés, Libertador del Indio (2a. Edición) ..... „ 3.00
No. 7.—Zumárraga (2a. edición) ..... „ 3.00
No. 8.—Dos Virreyes (2a. edición) ..... „ 4.00
No. 9.—Iturbide. Un destino trágico (192 págs.) ... „ 6.00
No. 10.—Aventurero sin ventura ..... „ 3.00
No. 11.—La Batalla de León por el Municipio Libre .. „ 5.00
No. 12.—La Expulsión de los Jesuítas, o el principio de la Revolución ..... „ 3.00
No. 13.—Ensanchadores de México ..... „ 4.00
No. 14.—La Conquista de Filipinas ..... „ 4.00
No. 15.—Don Vasco ..... „ 3.00
No. 16.—Felipe de Jesús, el Santo Criollo ..... „ 5.00
No. 17.—Doce Antorchas ..... „ 5.00
No. 18.—Fray Pedro de Gante ..... „ 4.00
No. 19.—Retablo Franciscano ..... „ 4.00